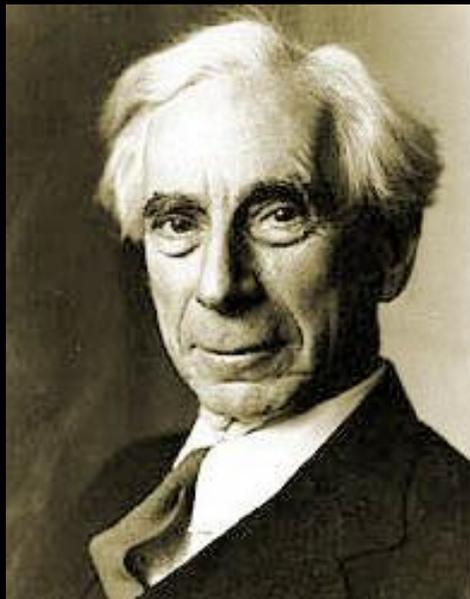


Ecología y Política



André Gortz



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

André Gorz

Ecología y política

Maquetación: 2016

Biblioteca Omegalfa.

Los siguientes artículos, fueron publicados en el volumen: André Gorz, *Ecología y política*, que reúne artículos entre 1973 y 1977 publicados en *le Nouvel Observateur, le Sauvage y Lumière et Vie* (Ed. El Viejo Topo, 1980.)

Índice:

1. Su ecología y la nuestra.....	2
2. Reinventar el futuro.....	13
3. La autocondena de la opulencia.....	21
4. La ideología social del automóvil.....	27
5. Socialismo o ecofascismo	39
6. Doce mil millones de seres humanos.....	57

1. Su ecología y la nuestra

La ecología, es cómo el sufragio universal y el descanso dominical: en un primer momento, todos los burgueses y todos los partidarios del orden os dicen que queréis su ruina, y el triunfo de la anarquía y el oscurantismo. Después, cuando las circunstancias y la presión popular se hacen irresistibles, os conceden lo que ayer os negaban y, fundamentalmente no cambia nada. La consideración de las exigencias ecológicas cuenta con muchos adversarios entre la patronal. Pero tiene ya bastantes partidarios entre empresarios y capitalistas, como para que su aceptación por parte de las potencias del dinero, se convierta en una seria probabilidad.

Entonces más vale, desde este momento, no jugar al escondite: *la lucha ecológica no es un fin en sí, es una etapa*. Puede crear dificultades al capitalismo y obligarle a cambiar; pero cuando, después de haber resistido durante mucho tiempo por las buenas y por las malas, finalmente ceda porque el impasse ecológico se haya convertido en ineluctable, integrará este inconveniente como ha integrado todos los demás.

Por eso es necesario de entrada plantear la cuestión francamente: ¿qué queremos? ¿Un capitalismo que se acomode a los inconvenientes ecológicos, o una revolución económica, social y cultural que suprima los inconvenientes del capitalismo y, *por ello*, instaure una nueva relación de los hombres con la colectividad, con su medio ambiente y con la naturaleza? ¿Reforma o revolución?

Ante todo no respondáis que esta cuestión es secundaria y que lo importante es no ensuciar el planeta hasta el extremo de hacerle inhabitable. Por tanto la supervivencia tampoco es un fin en sí: ¿vale la pena sobrevivir en “un mundo transformado en hospital planetario, en escuela planetaria, en prisión planetaria y en el que la tarea principal de los ingenieros

del espíritu será fabricar hombres adaptados a esta condición”? (Illich).

Si dudáis de la bondad del mundo que los tecnócratas del orden establecido nos preparan, leed el dossier sobre las nuevas técnicas de “lavado de cerebro” en Alemania y Estados Unidos: después de los psiquiatras y los psicocirujanos americanos, investigadores agregados a la clínica psiquiátrica de la universidad de Hamburgo exploran, bajo la dirección de los profesores Gross y Svah, métodos limpios para amputar a los individuos la agresividad que les impide soportar tranquilamente las mayores frustraciones: las que les impone el régimen penitenciario, así como el trabajo en cadena, el asentamiento en ciudades superpobladas, la escuela, la oficina y el ejército.

Es mejor intentar definir desde un principio, *por* qué se lucha y no solamente *contra* qué. Es mejor intentar prever como afectarán y cambiarán al capitalismo las exigencias ecológicas, que creer que éstas provocarán su desaparición sin más. Pero ante todo, ¿qué es en términos económicos, una exigencia ecológica? Tomad por ejemplo los gigantescos complejos químicos del valle del Rin, en Ludwigshafen (BASF), en Leverkusen (Bayer) o en Rotterdam (Akzo). Cada complejo combina los siguientes factores:

- recursos naturales (aire, agua y minerales) considerados hasta ahora como gratuitos porque no necesitaban ser *reproducidos* (sustituidos)

- medios de producción (máquinas y edificios) que son capital inmovilizado, que utilizan y que por tanto es necesario asegurar su sustitución (la reproducción), preferentemente por medios más potentes y más eficaces, que den a la empresa una ventaja sobre sus competidores.

- fuerza de trabajo humana que también exige ser reproducida (hay que alimentar, cuidar, alojar y educar a los trabajadores).

En la economía capitalista, la combinación de estos factores en el seno de los procesos de producción, tiene como objetivo dominante el máximo de beneficio posible (lo que para una empresa preocupada de su futuro significa también: el máximo de potencia, y por tanto de inversiones y de presencias en el mercado mundial. La búsqueda de este objetivo repercute profundamente sobre la *forma* en que los diferentes factores son combinados y sobre la importancia relativa concedida a cada uno de ellos.

La empresa, por ejemplo, no se pregunta nunca como hacer que el trabajo sea más agradable, para que la fábrica respete mejor los equilibrios naturales y el espacio de vida de la gente, para que sus productos sirvan a los fines que se fijan las comunidades humanas. La empresa se pregunta solamente cómo hacer para producir el máximo de valores mercantiles con el menor costo monetario. Y a esta última pregunta responde: “Tengo que privilegiar el perfecto funcionamiento de las máquinas, que son escasas y caras, antes que la salud física y psíquica de los trabajadores que son rápidamente sustituibles a bajo precio. Tengo que privilegiar los bajos costos antes que los equilibrios ecológicos cuya destrucción no correrá a mi cargo. Tengo que producir lo que puede venderse caro, aunque cosas menos costosas pudiesen ser más útiles”. Todo lleva el sello de estas exigencias capitalistas: la naturaleza de los productos, la tecnología de producción, las condiciones de trabajo, la estructura y la dimensión de las empresas...

Pero sucede que, especialmente en el valle del Rin, el asentamiento humano, la contaminación del aire y del agua han alcanzado un grado tal que la industria química, para continuar creciendo o incluso solamente funcionando, se ve obligada a filtrar sus humos y sus afluentes, es decir *a reproducir* condiciones y recursos que, hasta ahora eran considerados como “naturales” y gratuitos. Esta necesidad de reproducir el medio ambiente va a tener repercusiones evidentes: hay que invertir en la descontaminación, y por tanto aumen-

tar la masa de capitales inmovilizados; a continuación es necesario asegurar la amortización (la reproducción) de las instalaciones de depuración; y el producto de estas (la limpieza relativa del aire y del agua) no puede ser vendido con beneficio.

En suma, hay un aumento simultáneo del peso del capital invertido (de la “composición orgánica”), del coste de reproducción de éste y de los costos de producción, sin un aumento correspondiente de las ventas. En consecuencia, una de dos: o bien baja la tasa de ganancia, o bien aumenta el precio de los productos. La empresa evidentemente intentará elevar sus precios de venta. Pero no lo conseguirá fácilmente: las otras empresas contaminantes (cementeras, metalurgia, siderurgia, etc.) intentarán también hacer pagar más caros sus productos al consumidor final. La consideración de las exigencias ecológicas tendrá finalmente esta consecuencia: los precios tenderán a aumentar más rápidamente que los salarios reales, el poder adquisitivo popular será por tanto comprimido y todo sucederá como si el coste de la descontaminación fuese descontado de los recursos de que dispone la gente para comprar mercancías. La producción de estas tenderá a estancarse o a bajar; las tendencias a la recesión o a la crisis se verán agravadas. Y este retroceso del crecimiento y de la producción que, en otro sistema, habría podido ser un bien (menos coches, menos ruido, más aire, jornadas laborales más cortas, etc.), tendrá efectos enteramente negativos: las producciones contaminantes se convertirán en bienes de lujo, inaccesibles para la mayoría, sin dejar de estar al alcance de los privilegiados; se ahondarán las desigualdades; los pobres serán relativamente más pobres, y los ricos más ricos.

La consideración de los costos ecológicos tendrá, en suma, los mismos efectos sociales y económicos que la crisis del petróleo. Y el capitalismo, lejos de sucumbir en la crisis, la administrará como ha hecho siempre: grupos financieros bien situados aprovecharán las dificultades de los grupos rivales para absorberlos a bajo precio y extender su influen-

cia económica. El poder central reforzará su control sobre la sociedad: los tecnócratas calcularán las normas “óptimas” de descontaminación y de producción, dictarán reglamentaciones, extenderán los dominios de “vida programada” y el campo de actividad de los aparatos represivos. Se desviará la cólera popular, a través de mitos compensatorios, contra cómodas víctimas propiciatorias (las minorías étnicas o raciales, por ejemplo, los “melenudos”, los jóvenes...) y el Estado asentará su poder en la potencia de sus aparatos: burocracia, policía, ejército y milicias llenarán el vacío dejado por el descrédito de la política de partido y la desaparición de los partidos políticos. Basta con mirar alrededor, para percibir por todas partes los signos de semejante degeneración.

Os preguntaréis si esto puede evitarse. Sin duda. Pero es así exactamente como pueden ocurrir las cosas si el capitalismo es obligado a tomar en consideración los costos ecológicos *sin que un ataque político*, lanzado a todos los niveles, le arranque el dominio de las operaciones y le imponga un proyecto de sociedad y de civilización completamente diferente. Porque los partidarios del crecimiento tienen razón en una cosa al menos: *en el marco* de la actual sociedad y del actual modelo de consumo, basados en la desigualdad, el privilegio y la búsqueda del beneficio, el no-crecimiento o el crecimiento negativo pueden significar solamente estancamiento, paro, y aumento de la distancia que separa a ricos y pobres.

En el marco del actual modo de producción, no es posible limitar o bloquear el crecimiento repartiendo más equitativamente los bienes disponibles.

En efecto, es la misma naturaleza de estos bienes la que con más frecuencia prohíbe su equitativa distribución: ¿cómo repartir “equitativamente” los viajes en Concorde, los Citroen DS o SM, los apartamentos en el ático de rascacielos con piscina, los mil productos nuevos, *escasos por definición*, que la industria lanza cada año para desvalorizar los modelos antiguos y reproducir la desigualdad y la jerarquía social?

¿Cómo repartir “equitativamente”, los títulos universitarios, los puestos de encargado, de ingeniero jefe o de catedrático?

¿Cómo no ver que el resorte principal del crecimiento reside en este paso adelante generalizado que estimula una desigualdad mantenida deliberadamente: en eso que Ivan Illich llama “la modernización de la pobreza”? Desde que la mayoría puede acceder a lo que hasta entonces era el privilegio de una minoría, ese privilegio (el bachillerato, el coche, el televisor) se desvaloriza, el umbral de la pobreza se eleva un punto, son creados nuevos privilegios de los que la mayoría esta excluida. Recreando sin cesar la escasez, para recrear la desigualdad y la jerarquía, la sociedad engendra más necesidades insatisfechas de las que colma “la tasa de crecimiento de la frustración excede ampliamente a la de producción” (Illich). Mientras se discute en los límites de esta civilización de la desigualdad, el crecimiento aparecerá ante la mayoría de la gente como la promesa *-sin embargo enteramente ilusoria-* de que un día dejarán de ser “subprivilegiados”, y el no-crecimiento como su condena a la mediocridad sin esperanza. Así, no es tanto al crecimiento a lo que hay que atacar, sino a la mistificación que mantiene, a la dinámica de necesidades crecientes y siempre frustradas sobre la que reposa, a la competitividad que organiza, incitando a alzarse a cada individuo “por encima” de los demás. La divisa de esta sociedad podría ser: *Lo que es bueno para todos no vale nada. Sólo serás respetable si eres “mejor” que los demás.*

Comencemos por el primer punto.

En 1962, el 10% más rico de la población francesa tenía una renta setenta y seis veces (¡76 veces!) más elevada que el 10% más pobre. A título de comparación, este coeficiente de desigualdad era de 10 para Checoslovaquia, de 15 para Gran Bretaña, de 20,5 para Alemania y de 29 para los Estados Unidos. Diez años más tarde la producción industrial francesa se había duplicado; sin embargo el coeficiente de desigualdad se había mantenido prácticamente constante en Francia, y seguía siendo 29 en los Estados Unidos. Aún más:

en Francia como en los Estados Unidos, la mayor parte (más de la mitad) de los bienes y servicios era y es producido para el 20% más acomodado de la población. Dicho de otra manera, el privilegio de los ricos y la pobreza de los pobres han permanecido inalterables.

Ya sé que surgirán las objeciones de que: “los pobres viven mejor que hace diez años” “Consumen más, luego son menos pobres”. Error, doble error. Pues:

1. Si bien es cierto que los pobres consumen más bienes y servicios, esto no significa que vivan mejor.

2. Suponiendo incluso que viven mejor, esto no significa que sean menos pobres. Veamos más de cerca estos dos puntos:

1. Consumir más, es decir, disponer de una mayor cantidad de bienes, no significa necesariamente una mejora. Esto puede significar simplemente, que desde ahora haya que pagar lo que antes era gratuito, o que haya que gastar mucho más (en moneda constante) para compensar la degradación general del medio de vida. ¿Los ciudadanos viven mejor porque consumen una cantidad creciente de transportes, individuales y colectivos, para ir y venir entre su lugar de trabajo y su ciudad-dormitorio cada vez más lejana? ¿Viven mejor porque cada cinco o seis años reemplacen las sábanas que antiguamente duraban más de una generación? ¿O porque en lugar de beber un agua del grifo repugnante, compren cada vez más un agua llamada mineral? ¿Viven mejor porque consumen más combustible para calentar viviendas cada vez peor aisladas? ¿Son menos pobres porque han reemplazado la asistencia al café de la esquina y al cine del barrio -los dos en vías de desaparición- por la compra de un televisor y de un coche que les ofrecen evasiones imaginarias y solitarias fuera de su desierto de hormigón?

Hace mucho tiempo que economistas como Ezra Mishan (desconocido en Francia) han establecido que hay que tener en cuenta las destrucciones que entraña el crecimiento (perjuicios, poluciones, descomposición de las relaciones interhumanas), “el crecimiento significa cada vez más una degra-

dación y no una mejora”; “su costo es superior a las ventajas que de él se obtienen” (Attali y Guillaume).

O como escribe Illich, “los drogadictos del crecimiento están dispuestos a pagar más caro por disfrutar menos”. La difusión masiva de vehículos rápidos ha tenido por efecto el acrecentar las distancias más rápidamente aún que la velocidad vehicular, de obligar *a todo el mundo* a consagrar más tiempo, dinero, espacio y energía a la circulación. “Es la gran batalla entre la industria de la velocidad y las otras para saber quién va a despojar al hombre de la parte de humanidad que le queda”. “No se puede atribuir al crecimiento del consumo la finalidad de incrementar el bienestar de la colectividad. Los alegatos en favor de un crecimiento reorientado no son admisibles a menos que se trate de una reorientación radical” (Attali y Guillaume).

2. Ya sé: los electrodomésticos se han “democratizado”, ya no son como hace cuarenta años, el privilegio de una élite. Y lo mismo se puede decir del consumo de carne, conservas, coches, vacaciones.... ¿Significa esto que los obreros, por ejemplo, sean menos pobres? Plantead la pregunta a obreros viejos. Os dirán que en 1936, con una quincena de salario, marido y mujer podían ir de vacaciones en bicicleta, comer y dormir en un hotel durante dos semanas y que aún les quedase dinero a la vuelta. Hoy para ganarse unas vacaciones en hotel y en coche, el hombre y la mujer deben trabajar y ahorrar, no hay tiempo para cocinar y comprar, son necesarios el frigorífico, las conservas, y horas suplementarias para pagar todo eso. ¿Es eso vivir mejor? ¿Es eso la “calidad de vida” aportada por los electrodomésticos?

Respuesta de una lectora de *France Nouvelle*: “En primer lugar, todo es una cuestión de ocio, de tiempo de vivir... Luchemos por la jornada laboral de cinco o seis horas y los electrodomésticos podrán ser llevados al museo. ¿Qué es una colada de cuatro personas cuando se regresa a casa a las cuatro de la tarde? ¿Qué son ocho platos y ocho cubiertos, cuando en una familia cada uno se friega lo suyo?”.

Sin embargo, se dirá, el hecho de que hoy los obreros posean “bienes de confort”, reservados antiguamente a los burgueses, les hace menos pobres, Pero cuidado: ¿menos pobres que quién? ¿Que los indios o los argelinos pobres? ¿Que los obreros de hace cincuenta años? La comparación es completamente abstracta, Pues la pobreza no es un dato objetivo y medible (a diferencia de la miseria y la subalimentación): es una diferencia, una desigualdad, una imposibilidad de acceder a lo que la sociedad define como “bien” y “bueno”, una exclusión del modo de vida dominante; y este modo de vida dominante nunca es el de la mayoría, sino el del 20% más acomodado de la población, que se caracteriza por sus consumos privilegiados y ostentosos. En una sociedad en donde todo el mundo fuese pobre, nadie lo sería. Lo que define a los pobres, es un ser-menos con relación a una norma sociocultural que orienta y estimula los deseos.

En Perú es pobre el que no tiene zapatos, en China el que no tiene una bicicleta, en Francia el que no puede comprar un coche. En los años treinta se era pobre cuando no se podía comprar una radio; en los años sesenta se era pobre cuando uno debía privarse del televisor; en los años setenta se es pobre cuando no se tiene televisor en color, etc. Como dice Illich, “la pobreza se moderniza: su umbral monetario se eleva porque nuevos productos industriales son presentados como bienes de primera necesidad, permaneciendo fuera del alcance de la mayoría”. La masa “paga más caro un ser-menos creciente”.

Ahora bien, es precisamente lo contrario lo que hay que afirmar para romper con la ideología del crecimiento:

Sólo es digno de ti lo que es bueno para todos. Sólo merece ser producido lo que ni privilegia ni rebaja a nadie. Podemos ser más felices con menos opulencia, porque en una sociedad sin privilegios no hay pobres.

Tratar de imaginarnos una sociedad basada en estos criterios. La producción de tejidos prácticamente indeseables, de zapatos que duran años, de máquinas fáciles de reparar y

capaces de funcionar durante un siglo, todo eso está, en este momento, al alcance de la técnica y de la ciencia -así como la multiplicación de instalaciones y de servicios colectivos (de transporte, de lavandería, etc.) ahorrando la adquisición de máquinas costosas, frágiles y devoradoras de energía. Suponed en cada edificio colectivo dos o tres salas de televisión (una por cadena); una sala de juegos para niños; un taller de reparaciones bien equipado; una lavandería con secciones de secado y plancha: ¿todavía tendríais necesidad de todos vuestros equipamientos individuales, iríais a los embotellamientos de carretera si hay transportes colectivos cómodos hacia los lugares de descanso, aparcamientos de bicicletas y ciclomotores abundantes, y una densa red de transportes colectivos para los barrios periféricos y las otras ciudades? Imaginad que la gran industria, centralmente planificada, se limita a producir lo necesario: cuatro o cinco modelos de zapatos y trajes duraderos, tres modelos de coches fuertes y transformables, además de todo lo necesario para los equipamientos y servicios colectivos. ¿Es imposible en una economía de mercado? Sí. ¿Supondría el paro masivo? No: la semana de veinte horas, a condición de cambiar el sistema. ¿Supondría la uniformidad y la mediocridad? No, porque imaginad esto: Cada barrio, cada municipio dispone de talleres abiertos día y noche, equipados con gamas tan completas como sea posible de herramientas y de máquinas, en los que los habitantes, individualmente, colectivamente o en grupos, producirán *por sí mismos, al margen del mercado, lo superfluo*, según sus gustos y deseos. Como sólo trabajarán veinte horas a la semana (y puede que menos) para producir lo necesario, los adultos tendrán todo el tiempo de aprender lo que los niños aprenderán por su parte en la escuela primaria: trabajo del tejido, del cuero, de la madera, de la piedra, del metal; electricidad, mecánica, cerámica, agricultura...

¿Es una utopía? Puede ser un programa. Porque esta “utopía” corresponde a la forma más avanzada y no a la más frustrada, de socialismo: a una sociedad sin burocracia, en la que se va extinguiendo el mercado, en la que hay bastante para to-

dos y en la que la gente es individual y colectivamente libre de modelar su vida, de elegir lo que quiere hacer y de tener más de lo necesario: una sociedad en la que “el libre desarrollo de todos sería a la vez el objetivo y la condición del libre desarrollo de cada uno”. Marx *dixit*.

Le Sauvage, abril de 1974

2. Reinventar el futuro

“Un cierto tipo de crecimiento llega a su fin. Es necesario que entre todos inventemos otro”.

Esto lo ha dicho Valery Giscard d'Estaing. Podría haberlo dicho uno cualquiera de sus oponentes o adversarios. ¿Pero qué crecimiento? ¿Con qué propósito? ¿Para hacer qué? Preguntas accesorias: lo evidente es que hay que hacer que esto crezca y que, al margen de la expansión no existe salvación.

¿Y si esto fuese falso? ¿Y si tampoco hubiese salvación en el crecimiento? ¿Y si, a menos que se produjese una transformación total de las instituciones, las técnicas y los comportamientos actuales, el crecimiento aportase no solo lo “mejor” que promete, sino también frustraciones cada vez más insoportables, y trastornos y molestias cada vez mayores? ¿Hay que cambiar el crecimiento o cambiar lo que se produce, la forma de producir, la definición de las necesidades, la forma de satisfacerlas, en resumen, el modo de producción y el modo de vida?

He aquí las preguntas que frontalmente se plantean dos libros por otra parte muy diferentes: *La Convivencialidad* de Ivan Illich¹ y *El Anti-Económico* de Jacques Attali y Marc Guillaume². Illich es un católico subversivo que contempla, desde una perspectiva de varios siglos, a las sociedades industrializadas; Jacques Attali y Marc Guillaume son profesores de economía en la Politécnica que muestran hasta que punto la pretendida “ciencia económica” está modelada por *a priori* ideológicos, opciones políticas y postulados antropológicos indefendibles, y hasta qué punto la teoría debe ser

¹ Ivan Illich. *La Convivialité*. Le Seuil, 1973 (versión castellana: *La Convivencialidad*. Barral. Barcelona, 1976).

² Jacques Attali et Marc Guillaume, *L'Anti-Economique*, PUF, 1974. (versión castellana: *El AntiEconómico*. Ed. Labor. Barcelona).

renovada. Pese a la profunda diferencia de objeto y tono, las dos obras coinciden en una serie de puntos esenciales, empezando por:

1. “El argumento según el cual el crecimiento reduce las desigualdades en una estafa intelectual sin fundamento” (Attali y Guillaume).
2. “Numerosas necesidades son creadas y mantenidas por el sistema”; lo que no se puede pretender justificar por el hecho de que “asegura más fácilmente la satisfacción de las necesidades que crea” (Attali y Guillaume).

En efecto, cuando la masa accede a un tipo de producto, este se desvaloriza. En cuanto el automóvil se desvaloriza por el hecho de que es utilizado por la mayoría de la gente, pierde su valor de uso y se convierte en un estorbo para la circulación y la comunicación de las personas, la minoría privilegiada se orienta hacia nuevos transportes de lujo (trenes especiales, aviones, taxis, coches de alquiler). En tanto que la industria desvalore un producto lanzando otro “mejor”, reservado a la minoría y que es presentado como la nueva forma de “bienestar”, sin que el producto popularizado haya perdido su valor de uso, mantendrá la desigualdad. “La innovación proporciona la ilusión de que lo nuevo es mejor”, “crea más necesidades de las que satisface” y exacerba las frustraciones. “La tasa de crecimiento de la frustración supera ampliamente a la tasa de crecimiento de la producción” (Illich). Pues “si lo nuevo es mejor y lo viejo no es bueno... La lógica del “siempre mejor” sustituye a la del bien como elemento estructurante de la acción”. En resumen, al igual que Baudrillard, Attali y Guillaume muestran que el mantenimiento de la desigualdad es lo que refuerza su crecimiento: “El lanzamiento al mercado de un nuevo bien y su compra por los más ricos, frustra a los más pobres hasta que lo adquieren... Existe pues, una dinámica de clases sociales que hace el juego a los productores, cuyo resultado es nulo en términos de mejora del bienestar y que explica, al menos

parcialmente la continuidad del crecimiento por la demanda”.

Los bienes no son ya deseados y comprados por su valor de uso, sino por sus “funciones simbólicas de status, evasión y comunicación”, el individuo es “criado y educado” para desearlos: el medio social le “impone” ese modo de expresión y de afirmación negándole “toda posibilidad de satisfacción personal en el trabajo”, “convirtiendo su deseo en deseo de consumo” (Attali y Guillaume).

Sin embargo, sobre este punto, el análisis de Illich va más lejos que el de Baudrillard, en el que Attali se inspira. Illich se pregunta ¿qué es lo que permite “convertir” las necesidades y los deseos en deseos de consumo? Respuesta: el hecho de que para la satisfacción de *cualquier* necesidad, se ha hecho depender al individuo de instituciones y herramientas gigantes que escapan a su control y a sus posibilidades. Incluso en el caso del aire (descontaminado) que respira, del agua (tratada o embotellada) que bebe, del sol (que le vende la industria turística) y del entretenimiento (que la industria del espectáculo y la televisión le procuran), el individuo depende de *mega-herramientas* y *mega-instituciones* burocráticas y mercantiles, de las que no puede ser más que el “cliente” sometido, uniformizado, impotente, explotado y permanentemente insatisfecho.

Convertido en sujeto pasivo, el individuo es inducido a no reclamar más que una “consideración” más completa y “mejor” de sus necesidades por las mega-instituciones suministradoras de bienes. Illich dirá que se está sometido a un “monopolio radical”: “Un monopolio radical se establece cuando la gente abandona su capacidad innata de hacer lo que puede hacer por sí misma y con la ayuda de otros, a cambio de algo *mejor* que solamente puede producir para ellos una herramienta dominante... Esta dominación de la herramienta instauro el consumo obligatorio”, es decir transforma al individuo en consumidor pasivo “de una producción en masa que únicamente pueden asegurarlas grandes industrias”. Final-

mente, incluso “ni las necesidades elementales pueden ser satisfechas al margen del mercado”.

Este tipo de análisis es perfectamente válido y utilizable por los marxistas: lo que Illich describe, no es otra cosa que la extensión de las relaciones mercantiles a todos los dominios de la vida individual y social, y su control a cargo de los monopolios industriales, bancarios y estatales. Lo que denuncia no es otra cosa que las relaciones de producción capitalistas, mantenidas por la división capitalista del trabajo: una división de las tareas a la vez técnica (parcelaria) y social (jerárquica y desigual) que separa a los productores de sus medios de producción y de sus productos con el fin de someterle mejor a las exigencias del capital (a la ley del patrón, a la velocidad de las máquinas).

Cuanto mayores son los medios de producción, mejor aseguran este sometimiento, pues son menos controlables y utilizables por los obreros y la comunidad (ciudad, región) en que están instalados. Ante todo, que no se diga que el gigantismo de los “útiles” y la división del trabajo que impone, son la consecuencia inevitable del “desarrollo de las fuerzas productivas” y del progreso científico-técnico. Lo contrario ha sido demostrado de forma decisiva por un universitario americano³; los empresarios inteligentes, así como los científicos un poco imaginativos saben que el gigantismo no es una necesidad técnica sino una opción política: las unidades de producción media (hasta quinientos obreros) son más eficaces, más fecundas en invenciones e innovaciones (la OCDE ha proporcionado la prueba estadística) y más económicas (menos problemas, menos deseconomías externas, menos contaminación, etc.).

Por estas razones, esencialmente políticas, el capitalismo no da preferencia a las unidades de tipo medio: toda una serie de huelgas recientes, muestran que éstas son demasiado fá-

³ Stephen Marglin, Critique de la división du travail Seuil 1973. (versión castellana: Crítica de la división del trabajo. Ed. Laia. Barcelona, 1977).

cilmente controlables por los obreros (Jaeger, I,ip, Cerizay, etc.), y para la patronal tienen el inconveniente adicional de que, a diferencia de las unidades gigantes, no permiten dominar la política local, ni el mercado de trabajo local. La ciencia y la tecnología, lejos de exigir el gigantismo, han engendrado herramientas gigantes porque el capital exige estas herramientas y rechaza las otras. Por ejemplo, como ha demostrado el gran historiador Marc Bloch, los molinos de viento han sido eliminados por la única razón de que al estar disponible el viento en cualquier parte del mundo, no permiten la monopolización. 'todavía hoy ni los generadores eólicos (existen prototipos muy eficaces) ni el aprovechamiento de la energía solar interesan a la industria o a la banca. Incluso en el caso de la energía nuclear, el enriquecimiento de uranio es confiado a monstruosas unidades de difusión gaseosa; el método de ultracentrifugación, tan eficaz en pequeña como en gran escala, no ha sido desarrollado en ningún sitio (salvo, al parecer, en China). En resumen, como indica Illich, en un lenguaje súbitamente marxista, "la estructura de las fuerzas productivas modela las relaciones sociales" precisamente porque ella misma ha sido modelada, con el objetivo de asegurar la dominación del capital sobre el trabajo.

A partir de aquí, las opiniones de Illich y de Attali convergen de nuevo acerca de lo que puede y lo que no puede ser una sociedad socialista.

Para Illich, "la posibilidad de adaptar las herramientas anti-convencionales [que manipulan y esclavizan al individuo] a una sociedad socialista es extremadamente reducida... La apropiación pública de los medios de producción a través de un organismo central de planificación y de distribución no transformará la estructura antihumana de la herramienta. Así, mientras se ataque al trust Ford por la única razón de que enriquece a Mr. Ford, se mantendrá la ilusión de que las fábricas Ford (el hecho de fabricar coches en cadena) pueden enriquecer a la colectividad". "El concepto de apropiación no sería aplicable a una herramienta incontrolable", es decir

a “mega-herramientas” cuyo control exige un aparato burocrático, jerarquizado y generador de una centralización de poder. “Hay que escoger entre distribuir a millones de personas al mismo tiempo la imagen coloreada de un payaso agitando en la pequeña pantalla, o dar a cada grupo humano el poder de producir y distribuir sus propios programas en los centros de video. En la primera hipótesis, la técnica está puesta al servicio de la promoción del especialista, dirigida por burócratas... Pero la ciencia puede emplearse para simplificar el utillaje, para hacer a cada uno capaz de modelar su entorno inmediato, es decir de cargarse de sentidos, cargando al mundo de signos”.

Paralelamente Attali y Guillaume escriben: “¿Hay que dar el poder a los que no lo tienen o intentar quitárselo a todo el mundo?... La idea de la autogestión, por el momento, parece ser la única proposición nueva disponible. Pero es suficiente para establecer un modelo global. Escuela de democracia y del no-poder”, puede “deslizarse hacia el actual sistema industrial y sus contradicciones. Los obreros de la General Motors autogestionada no serían menos influyentes sobre el desarrollo del automóvil que los actuales *lobbies* financieros... La autonomía de las empresas autogestionadas, sin modificar radicalmente las relaciones sociales, conduciría a un tipo de capitalismo de los trabajadores, al que el modo de producción actual se adaptaría fácilmente”.

Ahora bien, este modo de producción, es la lógica que se intenta cambiar. Y en esta perspectiva, “lo esencial no es definir un nuevo proyecto político coherente, sino proponer una actitud imaginativa nueva, radical y subversiva, que permita transformar la lógica de nuestra evolución”.

Esta “proposición de ruptura, de desmantelamiento del sistema económico, sólo puede situarse fuera del capitalismo monopolista y del socialismo burocrático, fuera también de toda referencia a un modelo existente, inevitablemente comprometedor. Es decir, ante todo debe ser un cuestionamiento

de la legitimidad del poder y una doble negación de la explotación capitalista y de la alienación totalitaria”.

Tanto Illich, como Attali y Guillaume, rechazan las soluciones prefabricadas desde arriba: no se trata de gobernar mejor a los procesos económicos y a los hombres, sino de permitir que los hombres los tomen en sus manos y cambien sus vidas, de liberar de “potencias exteriores” y “fines exteriores” (Marx) fundando una economía radicalmente nueva: una economía que funcionaría “con otros comportamientos individuales (rechazo del egoísmo, de la apropiación, del poder) y no solamente con otros métodos” (Attali y Guillaume).

Estos “otros comportamientos” no pueden ser el resultado de una manipulación o de una enseñanza sino solamente de una conversión, de un descubrimiento liberador favorecido por los “impases” y las crisis del mundo industrializado: es posible hacer más con menos, de “crear para todo el mundo más felicidad con menos opulencia” (Illich). La limitación del crecimiento no es un fin en sí, ni tiene interés si es preconizado e impuesto por una “nueva élite organizada” que tenga el anticrecimiento como todo programa. Al contrario, la formación de semejante élite “es el antídoto industrial a la imaginación revolucionaria. Incitando a la población a aceptar una limitación de la producción industrial sin poner en cuestión la estructura de base de la sociedad industrial, se daría obligatoriamente más poder a los burócratas que optimizan el crecimiento, del que se acabaría siendo esclavo”.

En pocas palabras, hay que rechazar la recuperación, por parte de los administradores del capitalismo, de una crítica del crecimiento que no tiene sentido -ni alcance revolucionario- si no es en relación con un “cambio social total” en un “cambio de los mecanismos que han formado las necesidades tal como son en la actualidad” (Attali y Guillaume). Así, “todo parece estar organizado en todas partes para bloquear, prohibir y desvirtuar la necesaria subversión por la imaginación, e incluso la simple evasión verbal al margen de los esquemas clásicos: la recuperación del vocabulario socialista

-desfigurado su sentido-, por las sociedades capitalistas... El confusionismo político se ve así agravado por un debate político en el que la elección está limitada a una alternativa simplista entre economía de mercado y economía de planificación centralizada, sin que ni una ni otra hayan funcionado jamás en ninguna parte.

“Manteniendo este bloque ideológico (...) se corre el riesgo de hacer definitivamente imposible la intervención de otro futuro” (Attali y Guillaume): de un futuro “en el que sea tomada y compartida la palabra, en el que nadie pueda limitar la creatividad de los demás, en el que cada uno pueda cambiar la vida” (Illich).

4 de marzo de 1974

3. La autocondena de la opulencia

Es inútil esperar más tiempo: la gran crisis ya ha comenzado. Si tenéis algún problema en reconocerla, es porque no tiene el mismo aspecto que la última vez. Esta vez no es la producción capitalista la que se hunde primero en las metrópolis: es ante todo, todo aquello que le daba sentido. El lazo entre “más” y “mejor” se ha roto. El crecimiento de la producción tiene ya como reverso visible un crecimiento mayor de las destrucciones que causa. Se vive peor consumiendo más. El crecimiento engendra más escasez que la que atenúa.

Si lo dudáis, mirad a vuestro alrededor; leed por ejemplo *Utopía o Muerte*⁴ de René Dumont. ¿Sabíais, entre otras cosas, que los comerciantes del papel, muebles y madera que -con la bendición de los tecnócratas brasileños- arrasan actualmente el bosque amazónico están atacando a la fuente que regenera la cuarta parte del oxígeno contenido en el planeta? ¿Sabíais que en las grandes ciudades este oxígeno escasea hasta el punto de que los guardias de Tokio, para no asfixiarse en los cruces, disponen de “fuentes de oxígeno” a donde van a respirar a intervalos regulares de tiempo? o ¿que en Los Ángeles determinados días se recomienda a la gente no moverse demasiado a fin de economizar el poco oxígeno que los automóviles dejan a sus pulmones?

¿Sabíais que Holanda importa agua potable de Noruega, que los Estados Unidos la importan de Canadá y que la ciudad de San Francisco proyecta traerla del casquete polar en forma de icebergs? ¿Sabíais que, según Costeau, la mitad de la vida marina filmada en 1956 había desaparecido en 1964 (¿qué quedará en la actualidad?) y que, según el soviético Kasy-nov, el Mar Caspio, al ritmo actual, será a finales de siglo

⁴ Seuil, París, 1973, (versión castellana: *Utopía o Muerte*. Monte Avila Ed., Caracas Venezuela, 1974). Ver también Harry Rothman, *Murderous Providence*, Rupert Hart-Davis Londres, 1972.

una extensión de agua tan pestilente, verdosa y muerta como lo es ya la del lago Erie?

¿Y esto por qué?, pues porque para la producción mercantil que domina tanto en la Europa del Este como del Oeste, no tiene ni precio ni valor. “¡Por eso que no quede!” exclaman los economistas neoliberales: “demostremos un precio a las cosas que aún no lo tienen, el aire, el agua, la luz y, por supuesto, la vida humana”. Porque ésta apenas es ahorrada.

¿Sabíais que de cada seis obreros franceses uno quedará mutilado durante su vida laboral? ¿Que la totalidad de remachadores y calafates de astilleros, todos los conductores de camiones pesados, el 45% de los obreros de forjas y la casi totalidad de los siderúrgicos están aquejados de sordera parcial? ¿Y que la industria química y petroquímica con sus flamantes instalaciones es la que más profundamente ataca a la salud de los trabajadores?

Entonces, queridos economistas neoliberales, contestad rápidamente: ¿cuánto vale el rayo de sol, el aire puro sin plomo ni anhídrido sulfuroso, el baño en el mar o en un lago? ¿A qué precio la industria y la banca podrán comprar todo eso para vendernos al por menor -en forma de depuradores de aire, clínicas y habitaciones de hotel- lo que nos habrán robado al por mayor? ¿Y qué precio tiene el oído, el olfato o la vida de un hombre? ¿En vuestros cálculos —costos / ventajas”, a pesar de todo, qué ventaja compensará y hará rentable la sordera, el cáncer de vejiga, la exterminación directa o indirecta, total o parcial de un pueblo del “tercer mundo”? Si todo tiene un precio, finalmente todo no sólo se paga, sino que también se compra.

Todas nuestras desgracias, dice Ivan Illich, proceden del hecho de que la producción mercantil no tiene ningún cuidado de lo que es *bueno para todos*, tan sólo conoce valores de cambio, esencialmente relativos. René Dumont dice más o menos lo mismo con otras palabras. El mundo imperialista -incluidos todos los países y todas las clases sociales- ha engendrado un modo de vida que jamás podrá ser extendido

a la totalidad del planeta. Si todo el mundo quisiera alimentarse como los norteamericanos habría que multiplicar por cuatro la actual producción agraria del globo, y multiplicarla por ocho de aquí a fin de siglo. Norteamericanos y europeos juntos, utilizan para alimentarse, aproximadamente el 20% de las tierras agrícolas del mundo, *además de la suyas propias*. Somos, dice Dumont, “asesinos que arrancan las proteínas de la boca de los niños pobres”.

No se trata de una fórmula retórica. Juzgad si no: de los 70 millones de toneladas de peces capturados en el mar, el “tercer mundo” consume 14 millones de toneladas, mientras que 25 millones de toneladas son transformados en harinas para acabar “en los cacharros de la comida de nuestros animales domésticos”. Con cada kilo de huevos, de pollo, de carne, quitamos entre 4 y 6 kilos de proteínas, especialmente sabrosas, a los niños del “tercer mundo” encanijados por la malnutrición.

La prueba de que “nuestro” modo de vida, diseñado para una minoría privilegiada, no es generalizable, es que entra en crisis desde el momento en que es pretendido por nuevos recién llegados. Habéis observado que: desde que los japoneses pretenden comer carne, ésta falta en el resto del mundo (incluida Norteamérica); desde que el gobierno soviético intenta paliar por medio de importaciones el desastre de su política agraria, el precio de los alimentos para el ganado asciende vertiginosamente, acentuando aún más el alza (y la escasez) de la carne.

Las cosas como son: es imposible que la humanidad entera viva como el 20% de los norteamericanos y europeos privilegiados, cuyo estilo de consumo, sirve de referencia -fuera de su alcance- al resto de norteamericanos y europeos y al mundo. No hay recursos minerales suficientes, ni aire, ni agua, ni tierra, como para que todo el mundo pueda adoptar “nuestra” forma depredadora de producir y consumir. No hace mucho tiempo, los tecnócratas “occidentales” negaban lo que hoy tiende a convertirse en una evidencia. Créían que

bastaría con exportar “nuestras” técnicas para que “nuestro” modo de producción y de vida se hiciera posible. En India, por ejemplo, la introducción de arroz de alto rendimiento debía, según ellos, provocar una “revolución verde” que evitaría que se produjera la revolución a secas. Grave error: la introducción del arroz de alto rendimiento ha provocado ya varios disturbios.

¿Y por qué? Pues porque estas variedades de arroz exigen una perfecta nivelación, la irrigación y drenaje de terrenos, el empleo de abonos químicos y de insecticidas... Además de que -en ausencia de una revolución social y cultural, y de inmensas inversiones de *trabajo voluntario* de los campesinos asociados en cooperativas y comunas- el cultivo de las variedades de alto rendimiento sólo está al alcance de los campesinos ricos. Los campesinos pobres -”el 60% de los indios sobreviven en la miseria, con menos de 0,45 francos diarios”, escribe Dumont, ¿con qué pagarían abonos e insecticidas? ¿Cómo nivelar y drenar sus parcelas, a menos que fuesen explotadas en común? De hecho la “revolución verde” les condena: nos les queda otra salida que emplearse en las tierras de los campesinos ricos. Es lo que hacen; y constatan que a causa de la abundancia de la oferta, ha descendido el precio de su fuerza de trabajo. Lo que explica los disturbios.

Moraleja: la exportación de técnicas capitalistas engendra o acelera la concentración capitalista. La adopción de estas técnicas que no pueden ser asimiladas ni aplicadas por todos -por la masa de campesinos pobres o sin tierra- agrava aún más la opresión sobre el pueblo, refuerza aún más el poder que el campesino rico ejerce sobre la ciudad, incluidos el burócrata, el político y el policía ya que todos dependen del dinero de los potentados locales. Su riqueza nunca se difunde, no existe desarrollo real.

¿La ayuda al desarrollo? ¿A qué desarrollo? ¿Qué “misiones de ayuda” se dedican a agrupar a los campesinos pobres y de hacer accesibles a todos los nuevos conocimientos práctico-teóricos? Sería una intromisión política. ¿La enseñanza?

Dumont ha juzgado a la escuela tradicional -máquina reproductora de desigualdades- antes que Ivan Illich⁵. Escuchad de nuevo:

“Mientras persista el desprecio del trabajo, todas las tentativas de una sociedad menos desigual quedarán al nivel de las proposiciones moralizantes. Suprimir este desprecio -que no se ha conseguido plenamente en la Unión Soviética- exigiría que cada uno hubiese participado ampliamente en algún trabajo manual (...), no en la embrutecedora cadena del taller automatizado, sino en el banco artesano en que, utilizando sus manos, desarrolle una forma de inteligencia tan indispensable como el razonamiento abstracto. El trabajo diversificado, recompuesto, alternativamente en la fábrica y en el campo se convierte en un placer, dice William Morris; suprime las diferencias entre trabajadores manuales e intelectuales, entre la ciudad y el campo (...). Mis estudiantes de la Universidad de Ottawa, cuando han estado trabajando con obreros agrícolas, han tenido cosas que aprender.”

Elogio de la austeridad, de la frugalidad, de la bicicleta y de la civilización socialista china; condena del automóvil y de todo lo que implica. Conozco los argumentos que surgen entre nosotros: “Mientras únicamente los burgueses tenían coche, se decía *¡viva el automóvil!* Ahora que el pueblo comienza a tenerlo, se condena el automovilismo”. Es cierto.

Pero es que el automóvil es un invento de la burguesía en su provecho: sólo tiene atractivo cuando es el privilegio de una minoría. En cuanto que accede la mayoría, estalla el carácter antisocial del automóvil: éste vehículo de lujo pierde su valor de uso, y se convierte para todos (lo posean o no) en una fuente infinita de frustraciones, peligros, costos e incomodidades: ruido, mal olor, toxicidad, ciudades asfixiadas convertidas en inhabitables en el centro proliferan en su periferia en interminables suburbios, mordiendo un campo seccionado por autopistas... Los burgueses desertan entonces de las ciu-

⁵ En particular en *Terres vivantes*, Plon, 1961, y en *l'A Trique noire est mal partie* Le Seuil, 1969.

dades agonizantes: renuncian cada vez más al coche: prefieren el avión, el helicóptero, incluso el transporte por ferrocarril. Durante mucho tiempo frustrado por el automóvil el pueblo se aferra a él y teme que se le quiera frustrar una segunda vez. No valora el hecho de que las ventajas del modo de vida burgués se vuelven en su contrario *por el hecho mismo de que el pueblo acceda a él*. ¿Cómo explicarle?, se pregunta Dumont. Aquí, en efecto, opone “la fracción aburguesada de la clase obrera, mayoritaria en los países ricos”, a “estos proletarios de los tiempos modernos que son las masas rurales, los habitantes de los suburbios, y los parados de los países dominados”. ¿Cómo, se pregunta, hacer aceptar a los primeros “las disciplinas que impondrá un día el necesario crecimiento cero de su producción global? (...) ¿Cómo imponerles soluciones con frecuencia más revolucionarias que las que proponen nuestros partidos llamados revolucionarios?”.

¿Cómo? Tenéis la respuesta delante de los ojos: es la crisis del modo de vida capitalista; el empobrecimiento que engendra el crecimiento material; la putrefacción de las instituciones, la violencia de los aparatos represivos, el fallo ideológico y social de la producción mercantil. Es todo esto lo que abrirá la vía al postcapitalismo y a sus militantes imponiendo esta evidencia: el único medio de vivir mejor, es producir menos, consumir menos, trabajar menos, vivir de otra forma. Dumont mismo lo dice: “Estamos abocados al socialismo”, porque la “economía del beneficio nos conduce a *todos* a nuestra perdición”. Esto comienza a sentirse y a saberse.

Le Sauvage, marzo de 1973

4. La ideología social del automóvil

El gran problema de los coches es que con ellos sucede lo mismo que con los castillos o con los chalets en la playa: son bienes de lujo inventados para el placer exclusivo de la minoría de los muy ricos y a los que nada, en su concepción o su naturaleza, destinaba el uso del pueblo. A diferencia del aspirador, de la televisión o de la bicicleta, que siguen conservando la integridad de su valor de uso cuando ya todo el mundo dispone de ellos, el coche, al igual que el chalet en la playa, no tiene interés ni ventaja alguna más que en la medida en que la masa no dispone de ellos. Y ello se debe a que tanto por su concepción como por su destino original el coche es un bien de lujo. Y el lujo, por definición, es imposible de democratizar: si todo el mundo accede a un lujo, nadie saca provecho de su disfrute; por el contrario: todo el mundo arrolla, frustra y desposee a los demás y es arrollado, frustrado y desposeído por ellos.

El razonamiento lo admitiría cualquier tratándose de un chalet en la playa: todavía no se ha presentado ningún demagoguismo pretendiendo que la democratización de las vacaciones pasa por aplicar el principio: un chalet con playa privada para cada familia. Cualquiera comprende que si cada una de los 13 o 14 millones de familias existentes en Francia tuvieran que disponer aunque sólo fuera de 10 metros de costa, serían precisos 140.000 kilómetros de playas para que todo el mundo quedara satisfecho. Atribuir a cada cual su porción equivaldría a parcelar las playas en trozos tan diminutos -o a amontonar tanto los chalets- que su valor de uso sería nulo hasta llegar a desaparecer sus posibles ventajas frente a un complejo hotelero. En suma, queda claro que la democratización del acceso a las playas no admite más que una solu-

ción: la solución colectivista. Y esta solución pasa forzosamente por la lucha contra el lujo que constituyen las playas privadas, privilegios que una pequeña minoría se arroga *a expensas* de todos.

¿Por qué no se admite respecto a los transportes el mismo razonamiento que se aplica a las playas? ¿Es que acaso un coche no ocupa un espacio tan *escaso* como el que pueda ocupar un chalet en la playa? ¿Es que no expolia a los demás usuarios de la calzada (peatones, ciclistas, usuarios del autobús o del tranvía)? ¿Es que acaso no pierde todo su valor de uso cuando todo el mundo utiliza el suyo? Y sin embargo abundan los demagogos que afirman que cada familia tiene derecho a un coche, por lo menos, y que es al “Estado” a quien toca actuar de modo que cada cual pueda estacionar a su antojo en la ciudad o irse de vacaciones *a la vez* que los demás, a más de 100 Km. por hora.

Lo monstruoso de esta demagogia salta a los ojos, pero sin embargo la izquierda recurre a ella con frecuencia. ¿Por qué se sigue tratando al coche como una vaca sagrada? ¿Por qué a diferencia de otros bienes *privativos* no es reconocido como un lujo antisocial? La respuesta hay que buscarla en los dos aspectos siguientes del automovilismo:

1. El automovilismo de masas materializa un triunfo absoluto de la ideología burguesa en el terreno de la práctica cotidiana: fundamenta y cultiva en cada individuo la creencia ilusoria de que cada cual puede prevalecer y destacar *a expensas de los demás*. El egoísmo agresivo y cruel del conductor que, a cada minuto, asesina simbólicamente “a los demás”, a los que sólo percibe en tanto que molestias y obstáculos materiales para su propia velocidad; este egoísmo agresivo y competitivo representa el triunfo, gracias al automovilismo cotidiano, de un *comportamiento universalmente burgués* (“nunca se podrá construir el socialismo con esta gente”, me decía un amigo de Alemania oriental, consternado ante el espectáculo de la circulación parisiense).

2. El automóvil ofrece el ejemplo contradictorio de un objeto de lujo que ha resultado desvalorizado por su propia difusión. Pero esta devaluación práctica no ha acarreado su devaluación ideológica: el mito del placer y de la ventaja del coche persiste aún cuando, si se generalizaran los transportes públicos, quedaría demostrada su aplastante superioridad. La persistencia de este mito se explica con facilidad: la generalización del automovilismo individual ha suplantado a los transportes colectivos, modificado el urbanismo y el hábitat y transferido al coche ciertas funciones que su propia difusión ha hecho necesarias. Será precisa una revolución ideológica (cultural) para romper este círculo vicioso. Revolución que es inútil esperar de la clase dominante actual (de derechas o de “izquierdas”).

Veamos más de cerca estos dos puntos.

En la época en que fue inventado, el coche tenía la finalidad de procurar a unos cuantos burgueses muy ricos un privilegio totalmente inédito: el de circular mucho más aprisa que los demás. Nadie hubiera podido ni soñarlo hasta entonces: la velocidad de las diligencias era poco más o menos la misma independientemente de que se fuera rico o pobre; la calesa del señor no circulaba mucho más aprisa que la carreta del campesino y los trenes llevaban a todos los pasajeros a la misma velocidad (sólo empezaron a adoptar velocidades diferenciadas tras la aparición del coche y del avión como competidores directos). No existía por aquél entonces una velocidad de desplazamiento para una élite y otra para el pueblo. El automóvil iba a poner fin a esta situación: hacía extensivas, por primera vez, las diferencias de clase al mundo del transporte.

Este medio de transporte apareció en un principio como algo inaccesible para las masas en tanto que era diferente de los medios de locomoción ordinarios: no existía nada en común entre el automóvil y los restantes medios de transporte: la carreta, el tren, la bicicleta o el ómnibus de caballo.

Seres de excepción se paseaban a bordo de un vehículo de autotracción, de más de una tonelada de peso, y cuyos órganos mecánicos, de una extrema complicación, eran tanto más misteriosos cuanto que permanecían ocultos a las miradas. Porque se daba este aspecto que tuvo gran importancia en el desarrollo del mito del automóvil: por primera vez unos hombres cabalgaban vehículos individuales cuyos mecanismos de funcionamiento eran para el gran público totalmente desconocidos y cuyo mantenimiento y alimentación debían ser confiados a especialistas. Paradojas del coche automóvil: en apariencia confería a sus propietarios una independencia ilimitada, que les permitía desplazarse a horas y siguiendo itinerarios elegidos a su antojo a una velocidad igual o superior a la del tren. Pero, a la hora de la verdad, esta autonomía aparente tiene como reverso una dependencia radical: a diferencia del jinete, del carretero o del ciclista, el automovilista pasaba a depender para su alimentación energética así como para la reparación de la más mínima avería, de los comerciantes y especialistas de la carburación, de la lubricación, de la instalación eléctrica y del recambio de piezas.

A diferencia de todos los anteriores propietarios de medios de locomoción, el automovilista iba a establecer una relación de usuario y de consumidor -y no de poseedor y de dueño- con el vehículo del que era propietario. Dicho de otra forma, este vehículo iba a obligarle a consumir y a utilizar una multitud de servicios mercantiles y de productos industriales que sólo ciertos establecimientos especializados podían suministrarle. La aparente autonomía del propietario de un automóvil encubría su radical dependencia.

Los magnates del petróleo fueron los primeros en percatarse del provecho que podía sacarse de una difusión del automóvil a gran escala: si el pueblo deseaba que se le permitiera circular en un coche con motor, se le podría vender la energía necesaria a su propulsión. Por primera vez en la historia los hombres pasarían a depender para su locomoción de una fuente de energía mercantilizada. Los clientes de la industria

petrolífera serían tantos como los automovilistas y como habría tantos automovilistas como familias toda la población pasaría a convertirse en cliente de los magnates del petróleo. Iba a hacerse realidad el sueño de todo capitalista: todos los hombres iban a depender para sus necesidades cotidianas de una mercancía monopolizada por una sola industria.

No faltaba más que incitar al pueblo a que circulara en coche. Es probable que éste no se hiciera de rogar: bastaba, mediante la fabricación en serie y el montaje en cadena, con bajar lo suficiente el precio de los coches; la gente se precipitaba a comprarlos. Efectivamente se precipitaron sin darse cuenta de que se les estaba timando. ¿Qué les prometía la industria del automóvil? Pura y simplemente esto: “Vosotros también tendréis el privilegio a partir de ahora de circular como los señores y los burgueses, más deprisa que los demás. En la sociedad del automóvil, el privilegio de la élite está a vuestro alcance”. La gente se precipitó sobre los coches hasta el momento en que habiendo accedido a ellos hasta los propios obreros, los automovilistas comprendieron que les habían tomado el pelo.

Se les había prometido un privilegio de burgués; se habían endeudado con tal de acceder a él y he aquí que se percataban de que todo el mundo accedía al privilegio al mismo tiempo que ellos. Pero... ¿en qué queda convertido un privilegio cuando todo el mundo accede a él?

En un timo monumental. O peor todavía, en el sálvese quien pueda. Es la parálisis general por el colapso general. Porque cuando todo el mundo quiere circular a la velocidad privilegiada de los burgueses, el resultado es que acaba por no circular nadie, que la velocidad de circulación urbana cae -en Boston como en París, en Roma o en Londres- por debajo de la del ómnibus a tracción y que la velocidad media en carreteras durante los fines de semana es inferior a la velocidad de un ciclista.

Y no hay nada que hacer: se ha intentado todo, y no se consigue, a fin de cuentas, más que agravar el mal. Por mucho

que se multipliquen las vías radiales o las circunvalaciones, las transversales aéreas, las autopistas de seis carriles o de peaje el resultado es siempre el mismo: cuantas más vías se crean más coches afluyen a ellas y más paralizante se torna la congestión de la circulación urbana. Mientras sigan existiendo las ciudades el problema no tendrá solución: por rápida que sea la vía de entrada, por alta que sea la velocidad a la que marchen los vehículos al penetrar en la ciudad, no puede ser superior a la velocidad a la que discurren en el interior de la red urbana. Mientras la velocidad media en París siga siendo de 10 a 20 km/h según las horas, no será posible abandonar a más de 10 o 20 km/h las circunvalaciones y autopistas que afluyen a la ciudad. E incluso es posible que la velocidad media sea inferior desde el momento en que los accesos se encuentren saturados, con lo que los embotellamientos se prolongarán varias decenas de km tan pronto como se produzca una saturación en las carreteras de acceso.

Otro tanto ocurre en el interior de la ciudad. Es imposible circular a más de 20 km/h de media en la maraña de calles, avenidas y plazas que en la actualidad caracterizan a las ciudades. Toda inyección de vehículos más rápidos perturba la circulación urbana provocando continuos embotellamientos y, finalmente, la parálisis.

Si el coche tiene que prevalecer a toda costa no existe más que una solución: suprimir las ciudades, es decir, esparcirlas a lo largo de grandes extensiones de cientos de kms., de avenidas monumentales, de arrabales autopísticos. En suma, lo que se ha hecho en Estados Unidos. Iván Illich resume así los resultados de esta magna obra: “El americano típico consagra mas de mil quinientas horas al año (es decir treinta horas a la semana, o cuatro horas al día, domingos inclusive) a su coche; este cálculo incluye las horas que pasa al volante, en marcha o parado; las horas de trabajo necesarias para pagar la gasolina, las ruedas, los peajes, el seguro, las multas y los impuestos. Este americano precisa mil quinientas horas para recorrer (al año) 10.000 km. 6 kilómetros por hora. En

los países desprovistos de una industria del transporte, la gente se desplaza a la misma velocidad yendo a pie, con la ventaja suplementaria de que pueden trasladarse a donde les da la gana sin tener por qué seguir las carreteras asfaltadas”.

Es cierto, precisa Illich, que en los países no industrializados los transportes no absorben más que del 3 al 8% del tiempo social (lo que seguramente corresponde a un promedio de 2 a 6 horas *por semana*). Conclusión sugerida por Illich: el hombre a pie recorre tantos kms. en una hora consagrada al transporte como el hombre motorizado, pero consagra a sus desplazamientos de cinco a diez veces menos tiempo.

Moraleja: cuanto más menudean en una sociedad los vehículos rápidos, más -a partir de un cierto límite- tiempo emplea la gente en desplazarse. Es matemático. ¿La razón? Acabamos de verla: las aglomeraciones humanas han acabado esparciéndose en innumerables arrabales autopísticos porque era la única forma de evitar la congestión de los centros de habitación. Pero esta solución tiene un reverso evidente: finalmente resulta que la gente no puede circular a gusto porque están lejos de todo. Para hacer sitio al coche han multiplicado las distancias: se vive lejos del lugar de trabajo, lejos de la escuela, lejos del supermercado -lo que exigirá un segundo coche para que “el ama de casa” pueda hacer las compras y llevar a los niños a la escuela-. ¿Salidas? Ni hablar del asunto ¿Amigos? Los vecinos... y gracias. A fin de cuentas el coche acaba haciendo perder más tiempo del que economiza y creando más distancias de las que permite salvar. Naturalmente existe la posibilidad de ir al trabajo a 100 por hora; pero es porque se vive a 50 kms de distancia y se está dispuesto a perder media hora en cubrir los 10 últimos kms. Balance: “La gente acaba por trabajar una buena parte de la jornada laboral para pagar los desplazamientos necesarios para acudir al trabajo” (Ivan Illich)

Puede que usted replique: “Al menos de este modo, se escapa al infierno de la ciudad una vez concluida la jornada labo-

ral”. Ahí está la cuestión, justamente. “La ciudad” es sentida como un infierno y sólo se piensa en escapar de ella yéndose a vivir al campo, en tanto que para generaciones enteras la ciudad, objeto de entusiasmos, era el único lugar en el que valía la pena vivir. ¿Por qué se ha producido este cambio de actitud? Por una sola razón: porque el coche ha acabado por hacer inhabitable la gran ciudad. La ha hecho pestilente, ruidosa, asfixiante, polvorienta, hasta el extremo de que la gente ya no tiene ningún interés en salir por la noche. De modo que puesto que los coches han asesinado a la ciudad, se hacen necesarios coches más rápidos para huir de ella a través de las autopistas hacia zonas cada vez más lejanas. Impecable circularidad: dennos ustedes más coches para huir de los estragos ocasionados por los coches. De objeto de lujo y de fuente de privilegios, el coche ha pasado a convertirse en objeto de una necesidad vital: es imprescindible para evadirse del infierno ciudadano que él mismo ha originado. Para la industria capitalista la jugada está clara: lo superfluo se ha convertido en necesario. Ni siquiera es preciso persuadir a la gente de que necesita un coche: su necesidad está inscrita en las cosas.

Es cierto que pueden aparecer ciertas dudas cuando se asiste a la evasión motorizada que se produce en determinados momentos: entre las 8 y las 9,30 de la mañana y las 5,30 y las 7 de la tarde y durante los fines de semana, los medios de evasión/locomoción se extienden en verdaderas procesiones, parachoques contra parachoques, a la velocidad, en el mejor de los casos, de un ciclista y en medio de inmensos y densos nubarrones de gasolina y plomo. ¿Qué se ha hecho de las ventajas del coche? ¿Qué queda de ellas cuando, como era inevitable, la velocidad tope en las carreteras queda limitada por la que está en condiciones de desarrollar el vehículo *más lento*?

Tras haber asesinado a la ciudad es el propio coche el que asesina al coche. Tras haber prometido a todo el mundo que circularía más deprisa, la industria del automóvil nos condu-

ce al resultado rigurosamente previsible de que todo el mundo va tan despacio como el más lento de todos, a una velocidad determinada por las leyes simples de la dinámica de fluidos. O lo que es peor: inventado para permitir que su propietario fuera a donde quisiera a la velocidad y a la hora que prefiera, el coche ha acabado por convertirse en el más esclavo, aleatorio, imprevisible e incómodo de los vehículos: si usted elige una hora de salida extravagante, nunca sabe cuándo le permitirán llegar los tapones. Se encuentra ligado a la autopista de modo tan inexorable como el tren a sus raíles. Al igual que el viajero ferroviario, no puede pararse de improviso y no tiene más remedio que avanzar a una velocidad determinada por los demás. En suma, el coche reúne todas las desventajas del tren -aparte de las que le son propias: vibraciones, agujetas, riesgos de colisión, necesidad de conducir el vehículo uno mismo- y ninguna de sus ventajas.

Pero, a pesar de todo, se me responderá, la gente no coge el tren. ¡Y cómo quiere que lo cojan! ¿Acaso ha intentado usted ir de Boston a Nueva York en tren? ¿O de Garches a Fontainebleau? ¿O de Colombes a Isle-Adam? ¿Lo ha intentado en sábado o domingo en pleno verano? Pues hágalo y tendrá ocasión de constatar que el capitalismo automovilístico lo tiene todo previsto: en el preciso momento en que el coche iba a asesinar al coche, ha conseguido la desaparición de toda solución de recambio: una forma óptima de subrayar el carácter obligatorio del coche. El Estado capitalista ha permitido primero que se degradaran y después que se suprimieran los enlaces ferroviarios entre las ciudades, entre sus arrabales y sus zonas verdes. Sólo ha cuidado con celo los lazos interurbanos de gran velocidad que disputan a los transportes aéreos su clientela burguesa. El aerotren, que hubiera podido poner las costas y los parajes agrestes al alcance de los domingueros, servirá para ganar quince minutos entre dos ciudades lejanas y para descargar en las terminales a unos cuantos centenares de viajeros que los transportes urbanos no estarán en condiciones de acoger, ¡Y a eso le llaman *progreso!*

La verdad es que nadie tiene opción: no se es libre de tener coche o no porque el universo suburbano está pensado en función del coche y otro tanto ocurre con el urbano. Es por ello que la solución revolucionaria ideal que consistiría en suprimir el coche en provecho de la bicicleta, del tranvía, del autobús y del taxi sin chofer ya no es aplicable en las ciudades autopísticas como Los Ángeles, Detroit, Houston, Trappes e incluso Bruselas, modeladas por y para el automóvil. Ciudades desperdigadas, diseminadas a lo largo de calles completamente vacías en las que se alinean edificios idénticos y en las que el paisaje (el desierto) urbano significa: “Estas calles están pensadas para circular tan deprisa como sea posible desde el centro de trabajo al domicilio y viceversa. Son calles para pasar, no para estar. Una vez terminado el trabajo uno sólo puede quedarse en casa y toda persona que circule de noche por la calle será considerada como un delincuente”. En ciertas ciudades americanas el hecho de callejear a pie de noche ya se considera una presunción de delito.

¿No se puede hacer ya nada para poner remedio a esta situación? Sí, pero la alternativa al coche debe ser global. Porque para que la gente *pueda* renunciar al coche, no basta con ofrecer unos transportes colectivos más cómodos: es preciso que pueda prescindir por completo del uso constante de los transportes, lo que sólo es posible si se siente como en su casa en su barrio, en su distrito, en su ciudad a escala humana, de modo que llegue a gustarle ir a pie desde su trabajo hasta su domicilio -a pie o si lo desea en bicicleta-. Ningún medio de transporte, por rápido que sea, podrá nunca llegar a compensar de la molestia de vivir en una ciudad inhabitable, de no sentirse cómodo en ningún sitio, de *pasar* por la calle sólo para ir a trabajar o bien para aislarse y dormir.

“Los usuarios, escribe Illich, romperán las cadenas del transporte todopoderoso el día que empiecen a amar su islote de circulación y empiecen a temer alejarse demasiado a menudo”. Pero para poder amar su “territorio”, su “islote de circulación” será necesario que se haga habitable y por tanto *no*

circulable; que el barrio o el distrito vuelva a ser el microcosmos modelado por y para las actividades humanas en el que la gente trabaje, viva, se conozca, se instruya, se comunique, y gestione en común el medio social de su vida en común. Tal como respondió Marcuse cuando se le preguntó en una ocasión cuándo sería abolido el despilfarro capitalista: “Vamos a tratar de destruir las grandes ciudades y a construir otras distintas. Esto ya nos llevará unos cuantos meses.”

Puede imaginarse que estas nuevas ciudades serán federaciones de barrios, rodeados de parajes verdes en los que los ciudadanos -y particularmente los escolares- dedicarán varias horas semanales a cultivar los productos frescos necesarios a su subsistencia. Para sus desplazamientos cotidianos, dispondrán de una gama completa de medios de transporte adaptados a las características de una ciudad de tamaño medio: bicicletas municipales, tranvías o trolebuses, taxis eléctricos sin chofer. Para sus desplazamientos de más importancia, por ejemplo para ir al campo, al igual que para el transporte de los huéspedes, se dispondrá de un contingente de automóviles colectivos repartidos por los garajes de los diferentes barrios. El coche habrá dejado de ser necesario. Y es que todo habrá cambiado: el mundo, la vida, la gente. Esto no llegará a ocurrir por sí solo. ¿Qué puede hacerse entre tanto para llegar a esa situación? Antes que nada no plantear nunca aisladamente el problema del transporte, ligarlo siempre al problema de la ciudad, de la división social del trabajo y de la compartimentación que ésta ha introducido en las diversas dimensiones de la existencia: un lugar para trabajar, otro lugar para alojarse, un tercero para aprovisionarse, un cuarto para instruirse, un quinto para divertirse. El despedazamiento del espacio prolonga la desintegración del hombre iniciada por la división del trabajo en la fábrica. Corta en rodajas al individuo, corta su tiempo, su vida, en parcelas completamente diferenciadas a fin de que en cada una de ellas sea un consumidor pasivo indefenso ante los comerciantes, a fin de que nunca se le ocurra que el trabajo, la cul-

tura, la comunicación, el placer, la satisfacción de las necesidades y la vida personal pueden y deben ser una sola y misma cosa: la unidad de una vida, sostenida por el tejido social de la comunidad.

5. Socialismo o ecofascismo

Cuando apareció el memorandum Mansholt y el informe Meadows al Club de Roma, la primera reacción de muchos de nosotros fue de júbilo: por fin el capitalismo reconocía sus crímenes. Reconocía que la lógica del beneficio le había conducido a producir por producir; a buscar el crecimiento por el crecimiento; a despilfarrar recursos irremplazables; a destrozarse el planeta; a hacer cada día más complicada y onerosa la satisfacción de las necesidades más elementales (respirar, descansar, lavarse, tener alojamiento, desplazarse, etc.); a incrementar la frustración de la gente al tiempo que lo que hasta entonces había sido gratuito: el aire, el sol, la tierra, los bosques, los mares... era reemplazado por mercancías. Reconocía que las cosas no podían continuar así so pena de producir catástrofes, amenazando de extinción las formas superiores de vida sobre la tierra. Reconocía que todos los valores de la civilización capitalista debían ser reexaminados: había que cambiar la forma de vivir, de consumir y de producir.

Sin forzar demasiado las cosas se puede dar el siguiente sentido al memorandum Mansholt y al informe Meadows: llevaban el agua al molino de todos los que rechazaban el capitalismo porque rechazaban su lógica: sus premisas y sus consecuencias. ¿Había que alegrarse? Pues sí: las confesiones del enemigo subrayaban la pertinencia de nuestras críticas más radicales. Sin embargo, aún no se ha logrado nada, por tanto, no habrá ningún milagro. El capitalismo no se transformará en su contrario, porque tocados por la gracia celestial, algunos grandes magnates hayan reconocido los límites materiales del crecimiento. Al contrario: si el capitalismo admite en la actualidad que esos límites existen; que los próximos treinta años no podrán parecerse a los treinta anterior-

res; que la Tierra puede, sin industrialización, alimentar a los seis mil millones de habitantes del año 2000, sino que *esta* industrialización, lejos de salvarla, acelerará su perdición; si el capitalismo reconoce todo esto, indudablemente no es para preparar su suicidio. Es más bien para prepararse a dar la batalla en otros terrenos, con nuevas armas y nuevos objetivos económicos.

¿Qué objetivos? Los mismos que la izquierda, a la que ahora trata de adelantarse, habría podido incluir en un programa revolucionario de una temible simplicidad: podemos vivir *mejor*, consumiendo y trabajando *menos*, pero de otra forma. La prueba de esta afirmación es fácil y volveremos sobre ella más adelante. La única cuestión que se plantea es: ¿se puede vivir mejor consumiendo menos, *en el marco del capitalismo*?

No os precipitéis demasiado al responder ni, sobre todo, en demostrar (lo que es teóricamente posible) que la respuesta debe ser negativa. Pues jamás el capitalismo consciente y organizado aceptará plantear la pregunta en esta forma. Para él esta pregunta debe ser barrida por el imperativo: “Tenemos que lograrlo”. Pues desde el momento en que está establecido que la continuidad del crecimiento material conduce a impasses planetarios -y esto es innegable, aunque se puedan discutir los plazos y las cifras- el problema planteado al capitalismo es esencialmente práctico: o parece o cambia la base y la naturaleza de su crecimiento económico.

¿Lo conseguiremos? Es demasiado pronto para decirlo. Pero lo que ya es seguro, es que está elaborando los medios teóricos y prácticos que podrían hacerle capaz de afrontar, por una gran mutación, la novedad histórica de un verdadero problema. No subestiméis su capacidad de adaptación y su astucia. No confundáis al capitalismo con la estrecha obstinación de la mayoría de los empresarios y de los managers: no son ellos los que elaboran la estrategia a largo plazo del capital. Esta es concebida y puesta en práctica discretamente, por algunas decenas de grandes industriales y banqueros, que en

razón de sus vinculaciones, están en la obligación de tener un pensamiento, que como todo lo demás, pueden comprar: les basta con encargárselo a las universidades, fundaciones y centros de investigación.

El Club de Roma no ha hecho otra cosa: este grupo, selecto, de empresarios de todo el mundo, ha hecho el encargo al MIT. El MIT ha entregado la mercancía, en forma de recomendaciones abundantemente fundadas. Ahora les corresponde a los economistas ver cómo el capitalismo puede adaptarse a estas recomendaciones. Recordemos los puntos más destacados:

-*A partir de 1975*, la producción industrial de los países “ricos” debe dejar de crecer. En los quince años siguientes sólo deberán desarrollarse las industrias de los países “pobres”.

-*Hacia 1990*, la producción industrial mundial deberá haberse triplicado, pero el consumo de recursos minerales no será superior a un cuarto del actual. Y esto gracias a los dos tipos de medidas siguientes: a) investigación sobre la máxima duración de los productos: conseguir que prácticamente no se desgasten o, por lo menos, que sean fáciles de reparar. Desaparecidos los continuos cambios de moda y de modelo, y las mercancías de mala calidad, b) recuperación y reciclaje sistemático de todas las materias primas, que al igual que la energía, serán asignadas según una rigurosa planificación centralizada. Sólo la producción de bienes inmateriales podrá desarrollarse libremente.

Todo esto, parece de simple sentido común. Bastará, en suma, hacer materiales seis veces más duraderos, para que una producción industrial seis veces menor nos procure el mismo volumen de valores de uso. La distribución de los bienes materiales será más o menos igualitaria, ya que lo más frecuente, es que duren más de una generación. Se trabajará menos, se comprará menos, y por tanto no habrá que privarse de nada. En efecto, ¿a quién le faltarían las “novedades”, si éstas no habían sido lanzadas al mercado? ¿Os faltaba la televisión en color antes de que la lanzasen los trusts de la

electrónica? ¿Enriquece vuestra vida? ¿Os faltaba ropa interior masculina de colores vivos y poco duradera? ¿Y la máquina-eléctrica-que-os-evita-tener-que-hacer-ejercicio-porque-hace-trabajar-vuestros-músculos-sin-que-tengáis-que-levantar-el-dedo-meñique (“Puede tricotar mientras ella trabaja por usted”), es un enriquecimiento, un empobrecimiento, o qué?

“Consumid menos y viviréis más”. Pero si las cosas son tan simples, ¿por qué los capitalistas no lo han pensado antes? ¿Por qué han creado en primer lugar la civilización “opulenta” -que de hecho es una civilización de la pobreza en el despilfarro- antes que ocuparse de golpe de las “verdaderas riquezas”? ¿Y por qué súbitamente pretenden ocuparse de ellas?

La respuesta a estas preguntas se encuentra en dos proposiciones:

1. El capitalismo desarrollado está obligado a despilfarrar, si quiere evitar la crisis económica.
2. El capitalismo desarrollado desde ahora está obligado a eliminar ciertos despilfarros si quiere evitar crisis de otro tipo: ecológicas en primer lugar, económicas y políticas después.

Veamos más de cerca estas dos proposiciones. Esto nos ayudará a apreciar los terribles problemas de conversión que el no-crecimiento industrial va a plantear al capitalismo.

El capitalista no es otra cosa que una persona afortunada que vive del trabajo de los demás: esto era ya cierto para el esclavista, el usurero y el señor feudal. Lo específico del capitalista es que el dinero, para él, no es una cosa que se *gaste* (esencialmente, el dinero gastado no es capital), sino algo que se invierte para obtener un beneficio que a su vez será invertido para obtener un beneficio mayor aún, y así hasta el infinito. El crecimiento del beneficio, de la producción, de la empresa, es el único criterio de éxito para sus dirigentes. Y poco importa que estos sean propietarios o gerentes asalaria-

dos, patronos de derecho divino o managers tecnocráticos: en cualquier caso, deben comportarse como capitalistas, es decir hacer el discurso obsesivo, obstinado, y tiránico del Capital que no sabe decir otra cosa que: “Más, más grande, más deprisa”.

¿Y por qué siempre más, más deprisa? Es muy sencillo: si no inventáis o compráis nuevas máquinas con las que un pequeño número de obreros fabricará una mayor cantidad de mercancías, podéis estar seguros, que un competidor instalará más máquinas antes que vosotros y se comerá sin piedad vuestra parte de mercado. Así pues, tenéis que tomar la delantera: es necesario que vuestros beneficios sean en todo momento, *al menos* tan importantes como los de los competidores a fin de que en todo momento podáis amortizar y renovar vuestras máquinas, *al menos* tan rápido como ellos.

Otra política, tendente a utilizar durante mucho tiempo los mismos modelos de máquinas, supondría la eliminación previa de toda competencia. Y esto sólo puede ser obtenido de dos maneras: la planificación privada de la producción por medio de acuerdos de cartel, a los que cada empresa debe adherirse so pena de sanciones tan terribles como las que la mafia inflige a una banda indisciplinada; o la planificación pública y la gestión social de toda la industria.

La renovación cada día más rápida de los equipos (cinco años de media) está dentro de la lógica de la “sana competencia” capitalista. Y esta aceleración de la innovación es tanto más marcada, en cuanto que los salarios, bajo la presión de los trabajadores, tiendan a aumentar. Para escapar del incremento de costos y de la baja de sus beneficios, el capitalismo no tiene más que una salida: el alza de la productividad por medió de las inversiones, de la “modernización” continua de las técnicas, (le las máquinas, de los métodos. Más, más grande, más deprisa. Pero pronto surge un nuevo problema: ¿quién va a consumir esas oleadas crecientes de mercancías que vierten unas fábricas cada día más eficientes? ¿Cuánto tiempo puede continuar esta carrera, en la que

cada uno trata de aventajar a los demás, para apartarse de la baja tendencial de la tasa de beneficio, forzando la marcha de las innovaciones? ¿No llegará un momento en que el crecimiento deberá detenerse porque el mercado será físicamente incapaz de absorber un incremento de mercancías? Esto sería una catástrofe para el capital: las industrias de bienes de consumo dejarían de crecer y de invertir: las industrias de bien de equipo funcionarían al ralentí; el paro se extendería; la economía haría descender la espiral de la crisis.

¿Cómo evitar esta eventualidad? Es muy simple: para estar seguros de que no os quedaréis con vuestros productos, ocupaos de la destrucción acelerada de vuestros productos pasados y presentes. Dicho de otra forma, haced lo posible para que la gente cambie constantemente lo viejo por lo nuevo, ya sea porque (desgaste físico) el objeto usado sea irreparable, ya sea porque (obsolescencia moral) grandes campañas publicitarias alaban la superioridad de los nuevos modelos y hacen de los precedentes, “pasados de moda”, un signo de pobreza. Para mayor seguridad, la mayor parte de las grandes empresas, velan para que el desgaste físico impida que la gente refractaria a la moda conserve demasiado tiempo un mismo objeto. A este respecto, la historia siguiente es particularmente edificante: los primeros tubos fluorescentes, puestos a punto en 1938 por Philips (Holanda), tenían una vida de 10.000 horas. Podían pues, estar encendidos sin interrupción durante catorce meses. Mal negocio, considera la dirección de Philips, que antes de lanzar los tubos al mercado, tiene la precaución de reducir su vida a 1.000 horas (o 42 días). El *Arte del despilfarro*⁶ de Vance Packard contiene numerosas anécdotas de este tipo.

Tomad el siguiente elocuente ejemplo: suponed que para un gasto de 100 francos (en cuero, trabajo, tiempo-máquina) un industrial pueda producir cinco pares de zapatos con una duración de uso de 300 horas cada par, o dos pares con una duración de uso de 3000 horas cada par. En el primer caso,

⁶ Calman-Levy.

por 100 francos, crea 1.500 horas de uso; en el segundo caso crea 6.000 horas de uso. ¿Qué solución elegiré? Evidentemente la primera. En primer lugar, porque de cada par barato, podrá extraer un beneficio proporcionalmente más elevado que de cada par duradero. En segundo lugar, y sobre todo, porque los pares baratos se usan diez veces más deprisa y podrá vender diez veces más en el año: su beneficio, a fin de cuentas, será sin dificultad, quince veces más elevado que si hiciese zapatos duraderos.

Que se despilfarre cuero, trabajo, energía y máquinas, le importa poco: la rentabilidad (el beneficio) máximo no se obtiene economizando estos factores, sino por medio de formas de despilfarro y de destrucción que aseguren una rotación conveniente del capital. Con los beneficios realizados, el fabricante sólo tendrá que inventar nuevos modelos y nuevos métodos que aumenten aún más el consumo de zapatos.

No reparéis. Usad y tirad. Cambiad por cambiar. Para complaceros, he aquí envases no recuperables, después pañuelos que se tiran después de usados y pronto lo mismo ocurrirá con la vajilla. ¡Maravillas de la opulencia! La prosperidad descansa en la transformación de montañas de mercancías de mala calidad, en montañas de detritus; y los felices agentes de esta transformación, llamados consumidores, son los mismos que emplean sus fuerzas sin alegría con el fin de producir lo que esperan utilizar en el tiempo que les queda entre el metro y el irse a dormir. ¿No ha encontrado el capitalismo el secreto del crecimiento indefinido?

Pues no. Desde hace aproximadamente diez años, uno de los postulados implícitos sobre los que vivía el capitalismo no se sostiene: ha dejado de ser verdad que cuanto más se produce, más bajo es el coste de cada unidad producida y mayor la suma de riquezas. Pasado un límite, es más bien lo contrario: el crecimiento destruye más riquezas de las que crea y los costos directos o indirectos van aumentando. Todos los países “superdesarrollados” tienen ya la experiencia: la “calidad de vida” baja mientras que la producción sube. En todas las

cuentas industriales se ha alcanzado el límite físico del crecimiento y la rentabilidad de las inversiones no hace más que bajar. Nueva York, Detroit, Tokio, el Rhur y desde hace poco París se degradan por los efectos de su congestión. Los cursos de agua y los lagos se han convertido en parduscas papillas pestilentes; los humos químicos nublan el aire y favorecen las afecciones de las vías respiratorias; el ruido, la suciedad, los atascos provocan el éxodo de la gente acomodada, y los impuestos de los que quedan no bastan para permitir que las ciudades remonten la pendiente.

Para producir más en estas regiones, habría que, previamente, descontaminar con grandes sumas el agua y el aire. Pues el medio ambiente no puede recibir los afluentes de nuevas industrias -que siempre surgen con la reputación de “limpias”- si no es rebajado el índice de contaminación causado por las industrias existentes. El costo de las instalaciones y de las producciones futuras será más elevado que en el pasado. Las grandes industrias se encuentran en la situación de un constructor de coches que para continuar vendiendo sus vehículos, tuviera que ampliar las carreteras, construir otras nuevas, y arrasar y remodelar el centro de las ciudades a fin de que pueda pasar el automóvil.

Se dice “Quien contamina paga”. Claro. ¿Pero cuál es la consecuencia? El aumento de los costos y la baja de los beneficios. Se añade “La patronal puede pagar”. Es cierto. Pero ellos harán pagar a todo el mundo. Pues los capitalistas deben invertir en “tecnología limpia”, una de dos:

-o financian estas inversiones con sus beneficios, sin elevar sus precios de venta. Sus beneficios bajan, y entonces el crecimiento de la producción es frenado o incluso cortado, el paro se extiende y los salarios reales bajan (este es el caso de Estados Unidos);

-o los capitalistas elevan sus precios a fin de preservar sus beneficios. Pero en este caso los bienes materiales son más caros y la gente comprará relativamente menos. La produc-

ción de bienes materiales, aún en esta ocasión, será frenada en favor de la lucha contra los inconvenientes.

El resultado en los dos casos es el mismo: el crecimiento no puede continuar al mismo ritmo y de la misma forma que antes. La preocupación sobre la “calidad de vida” no es compatible con el crecimiento de las producciones materiales que han predominado hasta hoy. Las grandes empresas son bien conscientes de ello. Conglomerados, multinacionales, y grandes bancos extraen la conclusión que se impone: es necesario que la calidad de vida se convierta en un negocio rentable; en lugar de aferrarse desesperadamente a las producciones materiales, es necesario orientarse progresivamente hacia las producciones inmateriales. Su crecimiento no tiene límite; el futuro les pertenece.

El Club de Roma, Sicco Mansholt, Robert Lattés lo dicen tan cándidamente que muchos se han interrogado ampliamente sobre sus segundas intenciones. ¿Pero por qué tendrían que tener segundas intenciones? Simplemente son realistas. Los soñadores son todos esos industriales clásicos, pretendidos partidarios del crecimiento continuo, mientras que el precio de la energía y de los principales metales está llamado a multiplicarse por diez; que la falta de agua obliga a la destilación de los mares o al reciclaje de las aguas usadas; que la evacuación del calor y de los residuos producidos por las centrales térmicas plantea problemas cuya solución nadie conoce aún; y que la necesidad de proteger o incluso de reproducir el medio ambiente gravará cada vez con más fuerza los costos de producción.

Las cifras del informe Meadows pueden ser poco seguras, eso no cambia en nada la verdad fundamental de su tesis: el crecimiento material tiene límites físicos, y toda tentativa para hacer retroceder esos límites (reciclando y descontaminando) no hace otra cosa que desplazar el problema: pues la regeneración del aire, del agua y de los metales exige cantidades crecientes de un recurso limitado, la energía, y todas las formas de energía industrialmente disponibles entrañan

una polución química, térmica y (o) radiactiva. En un futuro previsible, la energía será cada vez más escasa y costosa.

El problema está claro: es necesario que el crecimiento cambie de base, y que se centre prioritariamente sobre las mercancías inmateriales. ¿Pero qué significa esto en concreto? Y en primer lugar ¿cómo se las arreglará el capitalismo para que esta mutación se opere sin una grave crisis?

Tenéis la respuesta ante los ojos: basta con ver cómo el mundo industrializado se quita de encima sus industrias y sus inconvenientes en dirección a los países y continentes pobres. El crecimiento de la industria americana del automóvil apenas se produce en otro lugar que no sea España o Brasil. Fiat no se desarrolla más que en la URSS, España y Argentina. Renault obtiene una proporción creciente de piezas a partir de sus licenciarios yugoslavos y rumanos. Los muebles escandinavos se van a fabricar en Polonia, una buena parte de las cámaras alemanas proceden de Singapur, la química pesada alemana instala sus nuevas plantas en Brasil, en una decena de años Sao Paulo será una aglomeración de 20 millones de habitantes. Un informe de expertos preparado por la Rand Corporation anuncia que antes de que termine el siglo, los Estados Unidos harán fabricar en el extranjero la totalidad de sus productos manufacturados, y sólo tendrán en su territorio industrias científicas y terciarias. Puede ser que os preguntéis que ¿con qué pagará sus productos manufacturados? Pues con los beneficios que les reportarán (ya le reportan) las fábricas americanas repartidas por el mundo. Según las previsiones de la Rand, los americanos se convertirán en un pueblo de banqueros ocupado principalmente en hacer circular y fructificar los miles de millones obtenidos del trabajo de los demás. La forma en que el gobierno americano administra la actual crisis monetaria se comprende mejor en esta perspectiva. Y también la forma en que otras naciones reaccionan. Pues alemanes, japoneses, británicos, franceses, y holandeses, tienen las mismas ambiciones que los americanos, aunque en menor escala: quieren parasitar al resto del

mundo, a la sombra tutelar de Estados Unidos y en competencia con ellos (lo uno no excluye lo otro).

¡Que proyecto tan maravilloso! Para nosotros la limpieza, las producciones inmateriales, el ocio, la opulencia, para los países del “tercer mundo”, si son buenos, las producciones materiales, la suciedad, los ruidos, el sudor, las fatigas y las ciudades congestionadas y contaminadas. Cuando el informe Meadows prevé la multiplicación por tres de la producción industrial mundial, recomendando su no-crecimiento en los países industrializados, ¿no se refiere implícitamente a esta visión neoimperialista del futuro? ¿Y nosotros vamos a comprar esta mercancía? Con el pretexto de preservar (suponiendo que todavía sea posible) nuestro medio ambiente (o lo que quede) ¿vamos a aliarnos con los patronos mundiales del Club de Roma a fin de que, ayudados en sus necesidades de desfoliantes y napalm, vayan antes a envenenar el Congo y el Zambeze, a devastar la Amazona, bombardear el Irán y hacer trabajar a los parados de la India en las tareas que la “gente desarrollada”, rechaza? Que les aproveche.

De todas formas, esta exportación de industrias y de sus inconvenientes, no puede ser más que una etapa transitoria, en la preparación de un cierto tipo de no-crecimiento.

Esta puede ayudar a las firmas multinacionales a extender los riesgos, a ganar tiempo, a compensar la descapitalización de las empresas-matriz y, sobre todo, a *crear las condiciones de una cartelización general*: cuando las industrias de todo el mundo estén controladas por un pequeño número de firmas (se prevén unas trescientas), podrán entenderse entre ellas, repartirse los mercados y los recursos minerales, ajustar sus precios, planificar su producción total, emplear las mismas técnicas y abstenerse de toda competencia.

Todo esto ya se vio durante la gran depresión de los años 30. El capitalismo puede aceptar el no crecimiento a condición de eliminar la competencia a costa de una cartelización general que congele la relación de fuerzas entre firmas, garantice sus beneficios y sustituya el juego de mercado por la planifi-

cación capitalista. Pero tratemos de ver más lejos. ¿Qué podrán hacer las grandes empresas con sus beneficios garantizados? No invertirlos, significaría que el capitalismo estaría agonizando, que se habría convertido en parasitario, parecido a la dominación de la mafia. Los empresarios del Club de Roma piensan que todavía hay algo mejor que hacer. Puesto que las ocasiones de nuevas inversiones rentables en producciones materiales estarán bloqueadas, ¿por qué no buscarlas en la acaparamiento y la industrialización de las producciones inmateriales, muchas de las cuales son aún artesanales y pre-capitalistas? Pensad en el inmenso campo que se abriría al crecimiento capitalista si se industrializase la medicina, el sexo, la educación y la cultura.

No se trata de ideas extravagantes. Las investigaciones han avanzado mucho sobre la industrialización del sexo (sobre ello volveremos más adelante). No son ideas más demenciales, que lo que nos habrían parecido hace sólo veinte años, la idea de una industrialización del sol, del aire o del paisaje. Sin embargo esta industrialización está llegando a su fin: conglomerados industriales y bancos están a punto de comprar los últimos lugares en que aún se puede disfrutar gratuitamente del sol, del mar o del panorama. Edifican aeropuertos, torres de apartamentos, hoteles con piscina, playas equipadas, puertos deportivos, aparcamientos, de manera que si queréis tenderos al sol, *debéis pasar (y pagar) obligatoriamente por los medios industriales*, a los que está subordinado el disfrute del sol, de la playa y del descanso. El capitalismo ha logrado la hazaña de *capitalizar* los lugares y los paisajes, es decir, transformarlos en capital que, sin embargo, nadie ha aportado, y administrarlos, explotarlos y alquilarlos a los “usuarios”. Para ello, ha bastado con *industrializar el modo de acceso y el modo de empleo de esos lugares*. ¿Por qué no hacer otro tanto con el resto de los “consumos inmateriales”?

Tomad el caso de la medicina. En gran parte, todavía es una artesanía de lujo. El capital ha persuadido a la gente de que no podía cuidarse ni gozar de buena salud sin los medios

industriales -en su mayoría falseados o tóxicos- que, bajo envoltorios y nombres complicados, deben adquirir en la farmacia. La ha convencido también de que para cuidarla (y no curarla), eran necesarios un centro industrial de cuidados, llamado hospital. Sin embargo, por una especie de escándalo lógico, la mayor parte de las personas que recetan productos farmacéuticos y cuidados industrializados son todavía independientes del capital.

Esta supervivencia no puede durar: médicos y psiquiatras deberán convertirse en asalariados del capital, será necesario que su función se industrialice. Sin duda, mucho tiempo antes os enteraréis de que un consorcio que controla laboratorios farmacéuticos, clínicas, fábricas de electrónica médica y compañías de seguros, ha lanzado el “seguro de la salud”, con la bendición y el apoyo financiero del Estado: se verán cubiertos contra los riesgos de diversas enfermedades todos los que suscriban una “póliza salud” que comporta análisis médicos periódicos automatizados vacunas, medicaciones preventivas y regímenes alimentarios, todo ello, por supuesto, con la ayuda de productos fabricados por el consorcio y bajo el control de médicos asalariados a los que habrán pagado sus estudios.

Y al mismo tiempo que la salud, ¿por qué no industrializar el sexo? A este respecto, el profesor John Postgate, de la universidad de Sussex, ha expuesto unas ideas bastante detalladas en el *New Scientist* de abril de 1973. Para reducir el crecimiento demográfico, Postgate propone una píldora que permita a las parejas tener exclusivamente niños varones. Dada la falocracia dominante, Postgate piensa, que las parejas en su inmensa mayoría querrán tener varones solamente, si bien finalmente, el mundo tendrá de cinco a cincuenta veces más hombres que mujeres. Consecuencia inmediata: la baja brutal de la natalidad. Consecuencia anexa: la homosexualidad y, sobre todo, la masturbación serán predominantes. Postgate, que tiene espíritu industrial, no dice: “A los hombres no les quedará más remedio que masturbarse”; él escri-

be: “Sustitutos mecánicos y gráficos de las prácticas sexuales normales podrían ser ampliamente utilizados”. Y ya tenemos la industria de la sexualidad. Los sustitutos mecánicos y gráficos serán rápidamente perfeccionados, medios eléctricos, electrónicos (que ya existen) y químicos harán su aparición; máquinas masturbadoras serán instaladas en los pasillos de los cines eróticos (que, hecho notable, han logrado salvar a la *industria* cinematográfica de la crisis producida por la televisión).

Como veis, el principio es siempre el mismo: hay que impedir a la gente la satisfacción de sus necesidades de forma espontánea y autónoma; es necesario que, para su satisfacción, dependan de medios institucionales e industriales de los que no pueden disponer más que si los *compran o los alquilan* a las instituciones que detentan lo que Illich llama el “monopolio radical”.

¿Y por qué detenerse en tan buen camino? ¿Por qué el capital no toma también el control de la prostitución, con el fin de industrializarla, en lugar de abandonarla en manos de aficionados, la mafia y la policía? Para ello bastaría que entregara a esta profesión sus títulos. Bastaría que esta sociedad que ha codificado y profesionalizado todo el saber, que ha concedido a la institución escolar el monopolio radical de la transmisión de aptitudes (al menos de las que son socialmente reconocidas), admita igualmente la creación de un diploma de aptitud sexual (DAS): la industria de la prostitución habría nacido al mismo tiempo que una nueva competencia profesional que, sancionada por un título escolar, sería una preciosa fuente de nuevas desigualdades.

Habría entonces las titulares del DAS y las otras; lo que permitiría jerarquizar mejor a una población en buena parte desocupada y mantenida por la asistencia pública⁷: el orden

⁷ Un séptimo de la población de Nueva York -o sea más de un millón de personas- vive de la asistencia pública. Esta cifra sólo puede ir en aumento.

podría descansar sobre la dominación de los supermachos. No sería la primera vez.

¿No estaría todo esto en la lógica de la escuela? ¿Su función no es la de romper las reacciones espontáneas, de intercalar entre el deseo y la posibilidad de aprender un pesado aparato institucional, selectivo y disciplinario, que escolariza más que enseña y educa? La escuela es el aparato esencial de reproducción del orden social. ¿Cuándo, en fin, enseñará a andar y a hablar a los niños? Pensad en el mercado que esto abriría a la industria de bienes más o menos inmateriales: aparato audiovisual para enseñar a hablar, aparatos electro-mecánicos transistorizados para aprender a andar se añadirán a las máquinas de enseñanza que, al fin, permiten realmente industrializar la edición, la enseñanza, la “Kulture”.

¿Diréis que todo esto son ideas demenciales? Cuidado: ideas de este tipo son propagadas por un influyente grupo de psiquiatras que tienen por locos a los que se rebelan contra este “ecofascismo” ascendente. Tenéis, por ejemplo, al doctor Frank Ervine, psiquiatra en Boston, que propone lobotomizar -es decir, destruir por cirugía cerebral, las facultades creadoras y reflexivas- a la gente cuyos actos sobrepasen “un nivel aceptable de violencia”. Un centenar de “psicocirujanos” (americanos y europeos) proceden actualmente a este tipo de mutaciones cerebrales, especialmente entre los detenidos, los “locos”, los niños difíciles y las mujeres⁸.

El doctor Robert Heath, de la universidad de Tulane, por ejemplo, llega a invertir el comportamiento sexual gracias a la implantación de electrodos en el cerebro. Algunos de sus pacientes, con veinticinco electrodos implantados, son una especie de zombies teledirigidos por ondas hertzianas. En otros, los electrodos son conectados a “núcleos de placer”

⁸ La psicocirujía es una técnica más refinada y eficaz que la puesta a punto por el doctor Skinner y que, en Estados Unidos y Gran Bretaña se aplica a los detenidos. Violentos o homosexuales. La película *La naranja mecánica*, describía muy fielmente el método de Skinner y sus efectos.

transistorizados, gracias a los cuales los “pacientes” pueden conseguir el orgasmo hasta mil veces por hora. Por supuesto, esto les hace a la vez dóciles; que es el objetivo.

Pero el principal pionero del “control físico del espíritu” es el doctor José Delgado, teórico de una “sociedad psicocivilizada” en la que los comportamientos, sentimientos y acciones de los hombres serían dirigidos a distancia gracias a un ordenador central, un poco de la misma forma, que las naves espaciales. Se trata, en suma, de hacer de los hombres, robots dirigidos por un ordenador garante del orden universal. ¿Quién programará el ordenador? Lo habéis adivinado: un comité de psiquiatras únicos detentadores y garantes de la salud mental. “Estamos a punto de crear una civilización en la que los que se aparten de la norma se exponen al riesgo de una mutilación cerebral”, escribe el doctor Peter Breggin.⁹

“No está del todo excluido, escribe por otra parte Ivan Illich, que, asustada por los peligros que le amenaza, la gente ponga su suerte en manos de tecnócratas que se encargarían de mantener el crecimiento un poco más acá del umbral de destrucción de la vida. Este fascismo tecnocrático aseguraría igualmente la subordinación máxima de los hombres a las herramientas, en tanto que productores y consumidores a la vez. El hombre sobreviviría en condiciones que privarían a su vida de todo valor: sería encerrado de la cuna hasta la tumba en una escuela planetaria, un hospital planetario que no se distinguiría más que por el nombre de una prisión planetaria. La tarea principal de los ingenieros sería el fabricar un tipo de hombre adaptado a esta condición”.

Por los psicocirujanos, sabemos que esto es posible.

¿Qué proyecto oponer a estos siniestros ingenieros del alma? El de una sociedad en la que los individuos libremente asociados en función de objetivos comunes, tendrían el máximo de autonomía individual y colectiva. Pero eso supone evidentemente la subversión no solamente de la propiedad, sino

⁹ Ver *Les Temps Modernes*, de Abril de 1973.

también de la naturaleza de las técnicas de producción, de los medios de producción y de las formas de colaboración productiva¹⁰. Pues es ilusorio creer que las nociones de “colaboración voluntaria”, de “planificación democrática”, de “autogestión obrera” podrán conservar un sentido en una fábrica de 20.000 obreros, produciendo neumáticos o zapatos para todo un país, absorbiendo la mano de obra de toda una ciudad o región y condenándola así a depender para los restos, de campesinos desconocidos, de fábricas lejanas y de burócratas anónimos organizadores de intercambios abstractos.

No, tranquilizaos, no se trata de regresar a la agricultura de subsistencia ni a la autarquía de las comunas; sino de restablecer un equilibrio entre producción institucional y autonomía de las comunidades de base. Tomad de nuevo, desde este ángulo, el ejemplo de los zapatos. Suponed que la producción social institucionalizada alcanza a cuatro o cinco modelos de base, muy duraderos, en respuesta a las necesidades que la gente, periódicamente consultada, habrá expresado. Lo necesario puede ser planificado centralmente y asegurado reduciendo a una decena de horas por semana el trabajo de los obreros y de las fábricas del calzado.

Para el resto -lo no necesario, lo superfluo, el lujo- encontraréis a través del país cientos de talleres abiertos día y noche, equipados con máquinas inteligentes, robustas y fáciles de reparar y manejar: os fabricaréis vosotros mismos, los zapatos a vuestro gusto (después de haber pagado la materia prima). Es una cosa que aprenderéis desde la infancia: confeccionar ropa y zapatos, modelar y coger el barro, dar forma y ajustar la madera y el metal, hacer crecer las legumbres, todo lo cual forma parte de la educación básica, lo mismo que la electricidad y la mecánica.

La suerte está echada: El plan central y su burocracia son reducidos a poca cosa y dejan subsistir un vasto sector *libre*

¹⁰ Lo que los marxistas llaman las relaciones de producción.

pero no mercantil, gracias al cual los individuos modelan a su gusto su vida y su medio de vida, que al fin y al cabo, son *suyos*.

“La crisis general, escribe Ivan Illich, no puede ser remontada más que por la reducción de las herramientas y del poder en el seno de la sociedad”.

Le Sauvage, julio-agosto-de 1973

5. Doce mil millones de seres humanos

Pese al desarrollo de las flotas pesqueras, el producto anual de la pesca ha bajado desde 1970 en un 11%. Pese a la “revolución verde”, la producción de cereales por cabeza en el tercer mundo, ha caído por debajo del nivel de los años 1961-1965. En Estados Unidos, como consecuencia de la sequía, este año bajará entre un 12 y un 19%. En Bangladesh, a consecuencia de las inundaciones bajará al menos un octavo. Las reservas mundiales de cereales representaban en 1961 más de tres meses de consumo. En la actualidad no representan más de cuatro semanas. No nos dirigimos al hambre, estamos en ella. El año pasado, alrededor de 70 millones de personas han muerto a consecuencia de la malnutrición o del hambre. Es la cifra citada por el premio Nóbel sueco Normann Borlaug, uno de los principales promotores de la “revolución verde”, que teme que de 10 a 50 millones de personas más mueran de hambre, solamente en India, en los próximos doce meses. En el Estado de Bihar (India), una epidemia de viruela acaba de producir 25.000 muertos.

En este contexto se ha celebrado en Bucarest, la Conferencia Mundial de la población, organizada por la ONU. ¿Es la superpoblación la causa del hambre, el subdesarrollo y las guerras? Pese a algunas torpes formulaciones, nadie lo afirmó. La mayor parte de las naciones del tercer mundo y todos los países socialistas han sostenido enérgicamente lo contrario. John Rockefeller mismo, hermano del vicepresidente de los Estados Unidos y partidario desde hace cuarenta años del control de la natalidad ha precisado que “la expansión demográfica no causa los problemas que asaltan a muchos países: los agrava y los multiplica”.

¿Se arreglaba todo con esto? De ninguna de las maneras. Incluso el representante de China ha afirmado (en la segunda

parte de una polémica, de la que casi todos nuestros colegas sólo han retenido la primera): “Existen problemas específicos de población. No negamos la importancia de una política demográfica. China tiene la suya; pero esta se inscribe en un plan general de desarrollo del país”.

La realidad de estos *problemas específicos de población* es la mejor ilustración para dos ejemplos extremos: el Sahel y Bangladesh. En el Sahel, el hambre actual, causada por múltiples factores (climáticos, políticos, sociales), no habría tomado tales proporciones, si como consecuencia del aumento de las poblaciones nómadas, los pastos que bordean el Sahara no hubiesen sido sobrecargados: el Sahara ha mordido las tierras privadas de su cobertera vegetal, avanzando hacia el Sur a una velocidad de 9 a 50 km. por año. Retrocediendo ante el desierto, los nómadas y sus rebaños han sometido a su insostenible presión nuevas regiones. Sólo una acción global, muy superior a la ayuda alimenticia, puede impedir ya la extensión del desastre.

Asimismo en Bangladesh, la catástrofe no obedece tan solo a causas naturales. Al contrario: a consecuencia de la presión demográfica, pero también de la revolución verde”, las estratificaciones del Himalaya han sido sometidas, desde hace veinticinco años, a una deforestación intensiva. El suelo ya no retiene las lluvias, cuya acción de arroyada arrastra las tierras, y provoca súbitas crecidas del caudal del Ganges y del Brahmaputra, elevando su cauce. Esta es la causa principal de las inundaciones catastróficas de los últimos años. Aquí también sería necesario un plan global de repoblación forestal ante todo, comparable a los que China realiza desde hace veinticinco años. El control de la natalidad no bastará, aunque sea indispensable, para evitar que perezca Bangladesh mucho antes de alcanzar los 220 millones de habitantes (tres veces el número actual) que los demógrafos le predicen para el año 2.000.

Después de estos ejemplos, es grande la tentación de eludir el problema de la población mundial y plantear tan solo el de

las regiones y los países más poblados. La mayoría de los delegados del tercer mundo han cedido a esta tentación. ¿En qué concierne al Gabón la presión demográfica, con tres habitantes por kilómetro cuadrado? ¿En qué concierne al Brasil, que tiene la ambición de superar a los Estados Unidos y poblar sus territorios vacíos? ¿En qué concierne a Argentina, que desea doblar su población en veinticinco años con el fin de resistir a la presión brasileña? ¿En qué concierne a la URSS que preocupada por el “peligro amarillo”, desea poblar sus repúblicas de Asia?

Al estallar así el problema, rápidamente se cae en un argumento clásico: el de la “tragedia de los terrenos comunales”. Es decir: para no permitir a “los demás” que se aprovechen de los pastos comunales más de lo que se aprovecha uno mismo, todos se desvelan por colocar allí rápidamente el mayor número posible de vacas. Resultado: los pastos son arruinados y todas las vacas perecen. Este tipo de argumento se ha confirmado ya en la pesca de la ballena, y más recientemente en la pesca de la anchoa, del atún, del bacalao, del arenque, etc., y corre el riesgo de repetirse en otros dominios. Por esta razón la ONU trata de convencer a todos los gobiernos que tengan un interés común en frenar el crecimiento demográfico.

Si éste continuase al ritmo actual, habrá 9 mil millones de hombres en 1995, 40 mil millones en el año 2025, 100 mil millones en el año 2075. La catástrofe se produciría mucho antes: al principio del próximo siglo.

Si en lugar de continuar al ritmo actual, el crecimiento demográfico se estabiliza en su tasa actual del 2% anual, habrá 6.500 millones de hombres sobre la Tierra en 1998 (dos veces más que en 1965) y 27 mil millones en el 2070. La catástrofe continuará siendo inevitable. El objetivo, modesto, de los promotores de la Conferencia mundial era no superar la cifra de entre 12 y 16 mil millones de habitantes para el año 2100. Es decir, de tres a cuatro veces la población actual.

Este objetivo aparentemente modesto será una realidad difícil de alcanzar. Pues con la tasa de crecimiento actual, la población mundial doblará el límite de los 12 mil millones a partir del año 2035. Es improbable que la Tierra pueda alimentar en forma duradera y suficiente a una población de esta envergadura.

En efecto, para que una población mundial doble de la actual disponga de una ración alimenticia inferior a la mitad de la de los europeos en la actualidad, sería necesario obtener rendimientos *européos* sobre la totalidad de las tierras cultivables del globo. Para alimentar a una población triple, sería necesario o bien que se contentara con un tercio de la actual ración europea, o bien que los rendimientos europeos sean obtenidos sobre nuevas tierras todavía cubiertas de bosque. ¿Esto es posible? No: en todo caso no durante mucho tiempo. Los agrónomos no tienen ningún problema en demostrar la incoherencia de los tecnócratas que hablan de una expansión a todo el planeta de nuestra agricultura mecanizada y química.

Algunas cifras darán una idea del impasse. Han bastado setenta años de agricultura moderna para destruir, de 1882 a 1952, la mitad del humus sobre el 38,5% de las tierras cultivadas. La extensión de tierras no aptas para el cultivo ha aumentado durante este período en 1.500 millones de hectáreas. Más de un tercio de los bosques existentes en 1882 han sido arrasados (o sea 1.900 millones de hectáreas). De los 1.200 millones de hectáreas actualmente cultivadas, sólo quedan 500 millones de hectáreas de “buenas tierras”.

Ahora bien, los métodos actuales de cultivo son aún más destructores que durante el período considerado. Los rendimientos unitarios elevados, en Norteamérica y Europa, son obtenidos al precio de gastos crecientes en energía y de un insostenible, a la larga, echar a perder, los ciclos del agua, del nitrógeno y del carbono. En todas partes comienza a faltar agua. La crisis de la energía agrava aún más el impasse. En 1945 se gastaba en Estados Unidos 1 caloría de energía

fósil para producir 3,70 calorías alimenticias. En la actualidad esta relación ha bajado a 1 / 2,82.

La “revolución verde” sólo ha sido posible en los países industrializados aumentando considerablemente los *inputs* de energía fósil, limitada e irremplazable. Las nuevas semillas seleccionadas, que debían triplicar en todos los sitios los rendimientos unitarios, son en realidad especies frágiles que para crecer exigen un medio artificial creado en Estados Unidos, al precio de gastos energéticos equivalentes a 800 litros de petróleo por hectárea y año.¹¹

Esto es lo que explica el fracaso de la “revolución verde” en el tercer mundo. Sólo los campesinos ricos pueden adquirir los abonos, los insecticidas, el material de transporte de abonado y de bombeo que exigen las nuevas semillas. Lo que explica la aceleración del éxodo rural y del paro. En India, donde la “revolución verde” había producido a finales de los años 1960, un aumento del 50% en la producción de cereales, el 40% de las ventajas obtenidas eran debidas, de hecho, a la siembra de nuevas superficies, de las que una parte importante había sido tomada a los cultivos de leguminosas, que son la principal fuente de proteínas de los indios. Balance: en la actualidad los indios no tienen por cabeza más cereales que hace diez o quince años; pero su ración de leguminosas ha bajado en un 30%.

Esto no es todo. La perforación de nuevos pozos y el bombeo mecánico han provocado, al cabo de unos años, sequías desastrosas (y previsibles) en varias regiones de la India. Los filipinos, que habían apostado fuerte en favor de la nueva variedad de arroz IR-8, sufrieron otro tipo de desastre. En razón de la estrechez de su base genética, las nuevas variedades de cereales están sujetas a la propagación fulminante de enfermedades y de parásitos. El tungro (enfermedad vírica) que en 1972 causó estragos entre un cuarto de los arroceros filipinos, ha reducido a la nada las llanuras que tenían

¹¹ David Pinestel y coll. en *Science*, 3 de noviembre de 1973.

que hacer de este país un importante exportador de cereales¹². Este año, nuevo desastre: falta el abono nitrogenado, indispensable para las nuevas variedades de cereales. Para producir 1 tonelada de abono, son necesarias 3 toneladas de petróleo. La India no está en condiciones de pagar el abono que le vende el Japón, ni incluso de comprar el petróleo necesario para el funcionamiento de la mitad de sus plantas de fertilizantes.

El salto adelante de la producción agrícola, además de sus límites ecológicos, tropieza así con el impasse energético. Si el mundo entero utilizase las técnicas agrícolas americanas sobre las superficies actualmente cultivadas, la agricultura sola agotaría la totalidad de las reservas conocidas de petróleo en el espacio de veintinueve años. Todavía no se ha encontrado el medio para alimentar a 8, 12 ó 16 mil millones de hombres. No es seguro que sea posible.

Sin embargo, cuando el primer mundo, con Estados Unidos y Suecia a la cabeza, hace sonar la alarma y apela a la disciplina demográfica, sus consejos provocan la irritación y la revuelta de la mayoría de los países del tercer mundo. Esto no debe sorprender a nadie. Pues los países capitalistas industrializados con tan solo el 13% de la población mundial, consumen el 87% de los recursos energéticos. Se apropian de la mitad de la pesca mundial, dejando al tercer mundo un quinto del total. Para alimentarse, utilizan el 20% de las tierras agrícolas del planeta, *además de las suyas propias*. Actualmente, para abastecer de carne a Europa, dedican en el Sahel, en plena escasez, 150.000 hectáreas a la ganadería. Dan dos tercios de la cosecha mundial de soja a sus animales, mientras que la soja es el principal alimento proteínico para 1.000 millones de habitantes de Asia. Utilizan de 800 a 900 kilos de cereales por año y por cabeza para engordar al ganado y a las aves de corral, mientras que de 150 a 200 kilos bastan a un habitante del tercer mundo para alimentarse él mismo y alimentar a sus gallinas. Afirman que la hidrosfe-

¹² George Borgstrom, en *Focal Points*, MacMillan, 1973.

ra y la atmósfera estarán envenenadas por los desperdicios de los 8, 12, ó 16 mil millones de hombres del siglo próximo; sin embargo, 500 millones de habitantes de Europa Occidental y de Asia causan en la actualidad al medio ambiente tantos estragos como lo harían (si existieran) 10 mil millones de indios.

De donde se desprende la sospecha de si cuando pedimos al tercer mundo más disciplina demográfica, no será para que podamos continuar saqueando los recursos limitados del planeta. Para que nuestras recomendaciones fuesen creíbles, sería necesario que nuestras sociedades comiencen por poner fin al saqueo, y que dejen de mantener o de instalar en el tercer mundo a regímenes opuestos a todo desarrollo autónomo.

Josué de Castro, fue uno de los primeros en demostrarlo¹³: las campañas antinatalistas, de esterilización y de distribución de anticonceptivos carecen de eficacia y de sentido (el gobierno indio sabe algo de esto) si no se acompañan de una política de desarrollo en todos los órdenes, que permita alcanzar lo más rápidamente posible el nivel de vida que provocaría la baja espontánea de la natalidad. John Rockefeller, en último extremo, no decía otra cosa. Pero lo que no ha dicho, y que otros debían haber dicho en su lugar, es que una política de desarrollo comienza por la reforma agraria; por la movilización de los parados (que son entre el 20 y el 30% (le la población) contra las causas de las calamidades “naturales”; por campañas de repoblación, de drenaje, de mejora de suelos; por la emancipación de las mujeres... Es decir todo lo que las intervenciones, militares o no, del primer mundo han impedido desde hace veinte años en Guatemala, en el Congo (Zaire), en el Vietnam del Sur, en Brasil, en la República Dominicana, en Indonesia; en Filipinas, en Chile... En tanto que el primer mundo subvencione y arme a regímenes que someten a los pueblos al hambre y exporten sus “productos coloniales”, sus temores demográficos continuarán siendo

¹³ En *Geopolitique de la faim*, Editions ouvrières, 1952.

sospechosos en el tercer mundo. A pesar de todo, cs(os temores son fundados.

2 de septiembre de 1974